

ANTES QUE EL GALLO CANTE

Richard Simonetti

ANTES QUE EL GALLO CANTE

Richard Simonetti



**ANTES QUE EL
GALLO CANTE**

RICHARD SIMONETTI

ÍNDICE

ALGUNOS FÓSFOROS	5
1	
CUANDO ENTRA EL ANTAGONISTA	8
2	
ÚLTIMAS INSTRUCCIONES	14
3	
EN EL HUERTO	22
4	
LA NEGACIÓN Y EL JUZGAMIENTO	29
5	
DELANTE DE PILATOS	34
6	
LA CRUCIFIXIÓN	42
7	
LA SEPULTURA	50
8	
PREPARANDO EL ESCENARIO	57
9	
VENCIENDO A LA MUERTE	62

RICHARD SIMONETTI

10		
LA PESCA MILAGROSA		68
11		
APACENTAR LAS OVEJAS		73
12		
EL RETORNO DE JESÚS		79
13		
LOS QUINIENTOS DE GALILEA		83
14		
EL ÚLTIMO ENCUENTRO		90
15		
ÚLTIMAS PALABRAS		96

El mayor de los milagros que Jesús hizo y que da testimonio verdaderamente a su superioridad, es la revolución que sus enseñanzas operaron en el mundo, a pesar de la exigüidad de sus medios de acción.

Condenado al suplicio reservado a los criminales, muere ignorado por el mundo; porque la historia contemporánea nada dice a su respecto.

No escribió nada y, sin embargo, ayudado por algunos hombres desconocidos como Él, su palabra ha bastado para regenerar el mundo; su doctrina aniquiló al todopoderoso paganismo y se convirtió en la antorcha de la civilización.

Si, en vez de los principios sociales y regeneradores, fundados sobre el futuro espiritual del hombre, no hubiera tenido que ofrecer a la posteridad más que algunos hechos maravillosos, sólo se lo conocería de nombre hoy.

Allan Kardec, *La Génesis*, cap. XV, ítem 63

ALGUNOS FÓSFOROS

A lo largo de seis años, en las reuniones públicas del Centro Espírita Amor y Caridad, en Bauru, desarrollé estudios sobre la vida de Jesús. Busqué “explicaciones minuciosas” los aspectos más importantes de su apostolado, a la luz de la Doctrina Espírita.

Jesús se sitúa como la figura mayor de la Humanidad. Su existencia es un repositorio de enseñanzas y ejemplos extraordinarios, tan importante que los teólogos medievales llegaron a confundirlo con Dios.

Sabemos, a la luz de la Doctrina Espírita, que el Maestro no es Dios, pero se sitúa como un enviado del Creador, que nos trajo el más bello y puro mensaje jamás ofrecido a la Humanidad.

Sobreponiéndose sobre las limitaciones humanas, se hizo uno con el Padre, como expresa el apóstol Juan, una comunión solo alcanzada por Espíritus de su quilate, capaces de reflejar el pensamiento divino.

Las gratificantes experiencias en la exposición de la vida de Jesús produjeron seis libros:

- Paz en la Terra. Del nacimiento al inicio del apostolado.
- ¡Levántate! Primer año.
- ¡Tu fe te salvó! Segundo año.
- ¡No Peques más! Tercer año.
- Setenta veces siete, últimas experiencias.

ANTES QUE EL GALLO CANTE

Por último, este libro, que trata del Drama del Calvario es de las ocurrencias envolviendo la “resurrección”.

Para estudiosos y lectores interesados en consultar determinados temas o pasajes, estoy incluyendo dos índices: analítico y de textos evangélicos.

Lo que destaca, cuando nos disponemos a aplicar el mensaje cristiano a las experiencias de lo cotidiano, es la enorme distancia que hay entre lo que idealizamos y lo que hacemos, entre el sueño maravilloso y la lamentable realidad de nuestras imperfecciones.

Los propios compañeros, Espíritus superiores que vinieron para colaborar con el Maestro, no se apartaron de esa dificultad. Eso queda evidente en la negación de Pedro. Siempre tan efusivo, tan firme en sus convicciones, dispuesto a seguir a Jesús hasta la muerte, dudó, en el inolvidable episodio del gallo. El apóstol representaba allí la condición humana.

A lo largo de estos dos milenios de contactos con el Evangelio, ¿Cuántas veces habremos, nosotros, reafirmado nuestros propósitos de demostrar la unión al Cristo? ¿Y cuantas veces habremos negado nuestra creencia, precipitándonos en el resbaladero de las ilusiones?

Me parece oportuno, por tanto, que el título de este último libro de la secuencia evoque aquel episodio.

Recuerdo un viejo dictado:

Quien enciende una vela es el primero en ser iluminado.

RICHARD SIMONETTI

No tengo la competencia de los buenos iluminadores. Apenas ofrezco, amigo lector, algunos fósforos.

Quedaré plenamente compensado si usted puede aprovecharlos para encender el Cristo en su corazón, a favor de una existencia tranquila y feliz.

Bauru, junio del 2003.

1

CUANDO ENTRA EL ANTAGONISTA

Mateo, 26:17-30

Marcos, 14:12-26

Lucas, 22:7-30

Juan, 13:1-35

De entre las festividades de la Pascua, había la cena, cuyo plato principal era un cordero, sacrificado en homenaje de la fuga de Egipto.

La tradición primero, después la teología, situarían a Jesús como el Cordero de Dios, sacrificado para la salvación de los hombres.

La expresión salvación no se ajusta a los principios espíritas. Nadie está perdido, pues todos somos hijos de Dios y permanecemos bajo su complaciente mirada. Incluso aquellos que se comprometieron con la rebeldía y el desatino, el vicio y el crimen, no están aislados en la Creación. Por más lejos que nos lleven nuestros desatinos, aun así, permaneceremos en los dominios de Dios, regidos por leyes soberanas que reajustan nuestras emociones y renuevan nuestras ideas.

Jesús vino a acelerar nuestra jornada evolutiva. Alguien que nos mostró que la recta del Bien es el camino más corto entre la animalidad que nos domina y la angelical que debemos alcanzar. Es como si nos dijese:

- Seguid mis pasos, observad mis lecciones. Iréis más rápido...

Por tanto, no lo imaginemos como un cordero, lavando nuestros pecados con su sangre.

Según el comentario de Allan Kardec, en la pregunta 625, de El Libro de los Espíritus, Jesús fue bendecido modelo, el Espíritu más puro que ya pasó por la Tierra, para enseñarnos como cumplir las Leyes Divinas, habilitándonos para vivir tranquilos y felices.

El Maestro aprovecharía esa conmemoración para transmitir las últimas instrucciones al colegio apostólico. Pidió a los discípulos que buscasen un hombre que les cediera su residencia, en Jerusalén. No se sabe quién fue. Ciertamente algún simpatizante. A la tarde, compadecieron todos, al parecer sin la presencia de los dueños de la casa, preservando la intimidad del grupo.

Hay un cuadro famoso de Leonardo da Vinci, mostrando a Jesús al centro de una mesa rectangular, rodeado por los discípulos. Según los exegetas, lo más probable es que la mesa tuviese forma de U, con Jesús en el centro. Al lado, Simón Pedro y Juan.

Los apóstoles vivían momentos de ansiosa expectativa. Sabían que algo importante iba a ocurrir, pero no tenían ni la mínima idea de las tormentas que vendrían, aunque el Maestro dejó bien claro que enfrentaría duras pruebas, culminando con su muerte.

Después de una convivencia de tres años, aún no habían asimilado la idea del Reino de Dios como una realización

interior.

Imaginaban que se trataba de una conquista puramente material. En el momento oportuno, Jesús convencería a los incrédulos, sometería a los poderosos a su voluntad soberana e instalaría la nueva orden. Pasaron, desde luego, a tratar de un asunto que les parecía prioritario:

¿Cuál de ellos sería el más importante, el principal preferido?

Podemos imaginar la melancolía del Maestro, observando a los compañeros. No habían entendido absolutamente nada. En dado instante, se levantó, cogió una vasija de agua y pasó a lavar los pies a los discípulos. La reacción fue inmediata. Absurdo aquel comportamiento, propio de esclavos al servicio de sus señores.

Simón Pedro preguntó:

- ¿Señor, porque me lavas los pies?
- Lo que hago, no lo sabes ahora, pero lo sabrás después de esto.
- ¡No, Señor, ¡no me lavarás los pies!
- ¡Si no te lavo, no tendrás parte conmigo!
- Entonces, Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza. El viejo Simón, como otras veces, era efusivo y exagerado.

Jesús lavó los pies a todos. Después, levantándose, habló:

-Vosotros me llamáis de Maestro y Señor y decís bien, pues yo lo soy. Y si yo, Señor y Maestro, os lavo los pies, así debéis hacerlo unos a los otros...

La enseñanza es magistral, reafirmando el mensaje más importante:

Para Dios el mayor será siempre aquel que más dispuesto esté a servir, el que más se dedique al Bien.

Cuando llegue nuestra hora, cuando volvamos a la espiritualidad, nadie nos preguntará por nuestros títulos, patrimonios, cultura, conocimiento... Si fuimos el presidente de la república, un capitán de industria, un artista famoso, un deportista vencedor o un mero trabajador. Las preguntas fundamentales serán:

¿Cuánto dolor calmaste?

¿Cuánto consuelo ofreciste?

¿Cuánta hambre mitigaste?

¿Cuánto amor esparciste?

¿Cuánta comprensión realizaste?

- En verdad, en verdad os digo: uno de vosotros que come conmigo me entregará. La mano del que me traicionará está conmigo en la mesa.

Tenía la plena consciencia de los planes de Judas. Leía el alma de las personas como en un libro abierto.

Los discípulos quedaron indignados.

Preguntaban, ingenuamente:

- ¿Acaso soy yo, Señor?... Jesús reiteró:

- El que mete la mano conmigo en el plato, ese me va a

entregar. A la verdad el Hijo del Hombre va, como está escrito de él, mas, ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido.

Al decir que sería mejor no haber nacido, Jesús demuestra que la traición de Judas no constaba en el proyecto mesiánico. Ocurrió, no por decisión divina, sino por desatino humano, en la iniciativa de un discípulo engañado con las realizaciones materiales.

El mal nunca es programado. Se sitúa por fruto de nuestras acciones, cuando son contrarias a la voluntad de Dios.

Dirigiéndose a Juan, sentado a su lado, Jesús, informó que el traidor sería aquel a quien le entregase el pan mojado en vino. Y se lo ofreció a Judas, diciendo:

- ¡Lo que tengas que hacer, hazlo deprisa!

Judas cogió el pedazo de pan y salió inmediatamente.

Dice el texto evangélico que después del pan, entró en Judas el antagonismo, simbolizando las influencias nefastas que lo guiaban.

Nadie, con excepción talvez de Juan, comprendió lo que ocurría. Como era Judas quien guardaba el dinero del grupo, pensaron que saldría para comprar lo necesario para la fiesta y dar algo a los pobres.

Preguntará el lector:

¿Si la traición de Judas no estaba en el “guion”, porque Jesús no procuró disuadirlo?

La respuesta es bien sencilla:

¡No adelantaría!

Judas firmó un propósito, promover una reacción popular con la prisión de Jesús, iniciando una revolución.

Nada de lo que el Maestro le dijese habría de modificar su intención, incluso porque, a esas alturas, Judas se sentía como un instrumento divino. Si Judas no aprendía las lecciones de prudencia y mansedumbre, ejemplificadas por Jesús, en tres años de convivencia, no habría de sensibilizarse con reiteradas advertencias.

Hay quien duda de la acción de los mentores espirituales cuando las personas se involucran con el mal.

¿Por qué no interfieren?

¡Esta duda es equivocada!

Ellos nunca dejan de advertirnos y orientarnos por los conductos de la intuición, más allá de movilizar varios recursos educativos, involucrando la religión, el hogar, la escuela...

Cuando la persona permite que, al igual que esos favores, entre en su corazón el antagonista, representando el involucramiento con las tentaciones y engaños del mundo, acaba frustrando el empeño del mundo espiritual.

Resta dejar que la persona ejercite el libre albedrío y rompa la cara, como se acostumbra a decir, aprendiendo, por la didáctica severa del dolor, que es preciso respetar las leyes divinas.

2

ÚLTIMAS INSTRUCCIONES

Mateo, 26:26-29

Marcos, 14:22-25

Lucas, 22:15-20

Juan, 13, 14, 15 y 16

En dado momento, durante la reunión, Jesús cogió un pan y, bendiciéndolo, rindió gracias. Después lo partió y distribuyó los pedazos a los discípulos, diciendo:

- Tomad y comed. Este es mi cuerpo que es dado por vosotros. Haced esto en mi memoria. Procedió de la misma forma con una copa de vino:

- Tomad esto y repartirlo entre vosotros, bebed todos de él, porque esto es mi sangre, la sangre de la Nueva Alianza, que es derramado por vosotros.

La teología ortodoxa ve en esas palabras la institución de la eucaristía, sacramento en el cual el pan y el vino se transubstancian en el cuerpo y en la sangre de Jesús, para una comunión sagrada, envolviendo a los fieles, en el ritual de la misa. Es extraño, dado que sabemos que Jesús era contrario al ritualismo. En ningún momento se reporta a objetos materiales o practicas exteriores relacionadas con el culto. La simplicidad es la marca de sus lecciones e iniciativas.

Delante de la mujer samaritana, Jesús revela que Dios debe ser adorado en Espíritu, lejos de los templos de piedra, de oficios y

oficiantes...

Y cuando habla del Reino de Dios, objeto de la actividad religiosa, deja bien claro que se trata de una conquista interior, no de una realización exterior:

- El Reino de Dios está dentro de vosotros.

¿Por qué, justamente en el final de su apostolado, habría de instituir un proceso mágico de comunión, en que hubiese una transustanciación del pan en su cuerpo y del vino en su sangre?

Vemos en ese pasaje evangélico simplemente un gesto de cariño de Jesús con los compañeros, un recuerdo feliz: Cuando compartiesen el pan y el vino, se acordarían de aquel último encuentro y de todo lo que allí ocurrió.

Imaginemos un emérito profesor, venerado por sus alumnos, ofreciéndoles un churrasco, antes de partir para un país distante. En su discurso de despedida, les pide que se acuerden de él en futuras confraternizaciones, como si estuviese presente. No por eso los alumnos habrían de imaginar que la carne del churrasco o la cerveza se transubstanciase en el profesor. Infelizmente, aconteció con Jesús. Una simple evocación sugerida se transformó en un ritual con propiedades mágicas. Está bien de acuerdo con las tendencias humanas.

El propio Espiritismo enfrenta esos problemas, no obstante, la racionalidad de sus principios y el empeño de Kardec por evitar que los espíritas se involucrasen en fantasías.

Un compañero nos decía, que en el Centro Espírita del cual es director, instalaron un busto de Kardec en la biblioteca. En poco tiempo tuvieron que retirarlo, ya que muchas personas que allí entraban se persignaban a él y dirigían oraciones, como

si estuviesen delante de él mismo.

Con inmensa ternura por los compañeros, Jesús proclama:

- Hijos, por poco tiempo aún estoy con vosotros. Vosotros me buscareis y así como dije a los judíos, también os digo ahora: Para donde voy, vosotros no podéis ir. Un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros. Así como yo os amé, amaos también los unos a los otros. En esto, todos conocerán que sois mis discípulos, si tenéis amor unos por los otros.

Jesús nos ofrece aquí la llave de la vivencia cristiana. No da privilegio a los aspectos externos. Ni rito, ni rezos, ni privaciones, ni sacrificios. Solo amor.

Aunque hoy exaltada y decantada más que nunca, esa expresión sublime, esencia del cristianismo, está repleta de connotaciones infelices que la desgastan.

Hay los que confunden amor con sexo, ignorando la lección elemental: sexo es solamente parte del amor, y no lo más importante. Hay los que hacen del amor un ejercicio de exclusivismo, sofocando al ser amado con exigencias inmerecidas.

Hay los que aman como quien aprecia un dulce. Les gusta porque es agradable al paladar. Por eso, se cansan de amar, por estar saciados, o agarrados por el deseo de experimentar nuevos sabores.

Hay los que ven en el amor la promesa de un cielo particular, en bases de egoísmo a dos.

¡El amor no es nada de eso! ¡Es mucho más que eso!

En su grandeza esencial, el amor es la realización de la fraternidad entre los hombres, inspirando el derrumbe de las barreras de nacionalidad, raza y creencia, para que seamos en la Tierra una gran familia, feliz y justa. Esa es la lección fundamental que Jesús vino a enseñarnos, aun no asimilada por la Humanidad.

Simón Pedro, con la iniciativa de siempre, pero sin saber la gravedad del momento, preguntó:

- ¿Señor, para dónde vas?
- Para donde voy, no puedes seguirme ahora, pero me seguirás más tarde.
- ¿Señor, porque no puedo seguirte ahora? Por ti daré mi vida.
- ¿Darás tu vida por mí? Y añadió:
- Todos os escandalizareis por mi causa en esta noche, pues está escrito: “Herido el pastor, y las ovejas del rebaño se dispersarán. Pero, después que yo resurja, iré delante de vosotros para Galilea.

Es perfecta la noción que Jesús tiene de los acontecimientos futuros, y se reporta, inclusive, a la expresión del profeta Zacarías (13:7), el pastor será herido y dispersas las ovejas.... Pero después él las reunirá.

Rebatió Pedro:

- Aunque todos se escandalicen por tu causa, yo nunca me escandalizaré.
- Simón, he aquí que Satanás te buscó para cribarte como se hace

con el trigo. Pero yo rogué por ti, para que tu fe no desfallezca; y tú, cuando vuelvas a mí, apoya a tus hermanos.

Pedro no tenía ni idea de que sucumbiría a sus propias debilidades, envuelto por los agentes de las sombras.

El Maestro usa una expresión interesante. Él sería cribado por Satanás. Digamos que Espíritus que asediaban a los apóstoles habrían de probarlos como quien criba harina. Quedarían expuestos los defectos.

Simón Pedro, cuando fue llamado a testimonio, revelaría una debilidad fatal, el miedo. No solo él. Sería a partir de temores insuperables, exacerbados por influencias espirituales inferiores, que todos los miembros del colegio apostólico huirían de los testimonios a que serían convocados.

Sin idea de lo que le esperaba, el pescador afirmó, resolutivo:

- Señor, estoy preparado para ir contigo, tanto para la cárcel como para la muerte.

Jesús le dijo: De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces.

El apóstol reiteró vehemente:

- Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré. Y todos los discípulos dijeron lo mismo.

No tenían la noción de la propia fragilidad.

El Evangelista Juan se reporta al largo discurso de Jesús, incluyendo revelaciones, oraciones y exhortaciones. Como solo registró sus recuerdos varias décadas después, probablemente

buena parte quedó por cuenta de sus propias lucubraciones. No obstante, hay aspectos relevantes que expresan bien el pensamiento de Jesús.

Algunos de ellos:

La nueva revelación:

- Si me amáis, observareis mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y Él os dará otro Consolador, para que permanezca con vosotros para siempre, el Espíritu de Verdad, que el mundo no puedo recibir, porque no lo ve ni lo conoce...

Tengo aún mucho que decir, pero no podéis comprender ahora. Cuando venga aquel Espíritu de Verdad, él os conducirá a la verdad completa, pues no hablará de sí mismo, sino dirá todo lo que haya escuchado y os anunciará lo que está por venir. Él me glorificará porque recibirá de lo que es mío y os lo dirá.

La ortodoxia religiosa sitia al Consolador, el Espíritu de Verdad, en la fiesta de Pentecostés, cuarenta días después de la materialización de Jesús, cuando los discípulos, bajo la influencia del Espíritu Santo, hablaron y profetizaron en lenguas extranjeras. La idea estaba equivocada. No vemos al Consolador en aquellas manifestaciones. La muerte de Jesús era reciente. Nada había para recordar, dado que nada fue olvidado. Hubo el mero registro del acontecimiento, sin ninguna extensión doctrinaria.

La Doctrina Espírita es presentada por los mentores espirituales que orientaban a Allan Kardec como el Consolador. Y el Espíritu de Verdad que viene a extender los horizontes de nuestro entendimiento, ofreciéndonos luces nuevas sobre las enseñanzas de Jesús.

El Espiritismo nos ayuda a comprender bien el significado de sus palabras, incluso, aquellas que nos parecen difíciles y enigmáticas. Y hay una extensión, complementando los principios evangélicos con una gloriosa visión del mundo espiritual y de los mecanismos que rigen la evolución del Espíritu.

La unión fundamental.

- Yo soy la vid, vosotros las ramas. Quien permanece en mí y yo en él, ese produce mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer.

Jesús es el supremo guía.

Las nociones más claras y objetivas en cuanto a los caminos que debemos andar para comportarnos como hijos de Dios están debidamente registradas en sus orientaciones.

El Evangelio, por tanto, es la sabia sagrada que sustenta nuestro ideal. Si nos apartamos de sus directrices faltará el néctar divino que nos da vitalidad y fuerza para superar nuestras imperfecciones.

La paz deseable.

- Os dejo la paz, mi paz os doy; no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni se atemorice.

La paz es, talvez, la mayor aspiración humana, nuestra mayor necesidad. Sin la paz la vida pierde la gracia, la felicidad pierde el sabor.

Hay diferencias fundamentales entre la paz del Mundo y la paz que Jesús nos ofrece. La paz del mundo exige que:

Tengamos mucho dinero.

No llevemos insolencia para casa. Satisfagamos nuestras ambiciones. Cultivemos mucho reposo.

Y una paz efímera, engañosa, una mezcla de inquietud y frustración, porque, por más que la persona se empeñe, nunca se satisface enteramente.

La paz de Jesús es diferente...

Nacida del esfuerzo de servir, del ejercicio del perdón, del desprendimiento de los bienes materiales, del cultivo de la oración, nos coloca en armonía con la Vida y nos realiza como hijos de Dios, sustentándonos la alegría y el bienestar, en todas las situaciones, incluso enfrentando las vicisitudes de la Tierra.

La suerte estaba echada.

A partir de allí los acontecimientos se precipitaron y vendrían los grandes testimonios de Jesús, los ejemplos finales.

3

EN EL HUERTO

Mateo, 26:36-56

Marcos, 14:32-52

Lucas, 22:39-53

Juan, 18:1-12

Después de las últimas instrucciones, Jesús se retiró con los discípulos para el Monte de los Olivos, en las inmediaciones de Jerusalén. Allí pasarían la noche.

Al llegar, les recomendó:

- Sentaos aquí mientras voy a orar. Orad también, para que no entréis en tentación. Se llevó consigo a Simón Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, Santiago y Juan.

Según la narrativa, Jesús sintió una inmensa angustia, verdadera agonía. Habló a los tres compañeros:

- Mi alma está muy triste hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo.

Se apartó, a la distancia de un lanzamiento de piedra, unos treinta o cuarenta metros. Y Oró:

- Padre mío, si es posible, aparta de mi este cáliz; sin embargo, que no sea como yo quiero, sino como Tú quieras. Se haga no la mía, sino Tu Voluntad.

Y vino a sus discípulos, y los encontró durmiendo, y dijo a

Pedro:

- ¿Simón, tu duermes? ¿No pudiste vigilar una hora conmigo?
¿Por qué dormís?

¡Levantaos! Vigilad y orad, para que no entréis en tentación;
pues el Espíritu, en verdad, está preparado, pero la carne es débil.

Apartándose, se retiró, en oración:

- Padre mío, si no es posible pasar de mi ese cáliz; sin que yo la beba, que se haga Tu voluntad.

Volvió a encontrar a los discípulos adormecidos. Se apartó por tercera vez. Repitió la rogativa. Nuevamente delante de los compañeros, que aun dormían, los despertó:

- ¿Dormís ahora y descansáis? ¡Basta! He aquí que llegó la hora y el Hijo del Hombre será entregado a las manos de los pecadores. ¡Levantaos! ¡Vamos! He aquí que llegó el que me entrega.

Siempre encaré con perplejidad la agonía de Jesús en el Getsemaní. Figura mayor de la Humanidad, nuestro gran mentor, el Espíritu más puro que jamás pasó por la Tierra, ¿podría Jesús haberse debilitado justamente en el momento del gran testimonio?

Entiendo hoy que en su actitud no había temores o dudas. Era perfectamente consciente de lo que pasaría y de lo que le competía hacer. Solamente expresaba la compasión por todos aquellos que estarían involucrados en su muerte, y también por los que desertarían, huyendo de esos momentos.

No lamentaba el mal que le harían.

Sufría por el comprometimiento de los malos.

Es como la madre que ve al hijo que no la respeta.

No le duele tanto sus malos tratos. Lloro por el mal que el infeliz se hace a sí mismo. Beber el cáliz significa enfrentar dificultades.

En variadas situaciones de la jornada humana somos convidados a probar el amargo contenido:

- Un diagnóstico de cáncer.
- La urgente y delicada cirugía.
- La agonía de un ser querido.
- La unión afectiva que se rompe.
- Un proyecto que no funciona.
- Inesperada dimisión de un empleo.
- El desastre financiero.

Se dibuja una situación complicada, difícil, tormentosa...

¿Será correcto pedir a Dios que aparte ese cáliz?

¡Sin duda! ¡Es nuestro Padre!

Pero hay el deber de someternos a la voluntad divina. No siempre el cáliz debe o puede ser apartado. Principalmente en relación a los procesos kármicos, en que la Vida cobra por nuestros deslices, habremos de ingerirlo, queramos o no. Si Dios lo permite es porque necesitamos de la experiencia. En tal situación, la sumisión es bendecido edulcorante. Si aceptamos lo inexorable, todo es más sencillo, favoreciendo nuestro

crecimiento espiritual.

Un médico descubrió que tenía cáncer. Rebelde, pensó en matarse. En contacto con el Espiritismo, creó el valor para enfrentar la situación. Consiguió vencer la enfermedad.

La experiencia dolorosa lo curó, también, de viejos males, abriéndole nuevas perspectivas. Y decía:

- Yo era egoísta, frío con los pacientes, preocupado solamente en ganar dinero, comerciante de la Medicina. El cáncer me dio la humanidad. Hoy soy sensible al sufrimiento ajeno. Me acerco más a los pacientes. Veo en ellos no solo cifras, sino seres humanos que necesitan de mi solicitud, de mi cariño. Se, ahora, como eso es importante.

Otro aspecto relevante de este pasaje evangélico, es al respecto, del incontrolable sueño de los discípulos. Por tres veces Jesús les pidió que orasen, y ellos se durmieron.

El Espíritu es fuerte, pero la carne es débil, explicó el Maestro. Tenemos aquí en la dificultad entre la condición humana y el ser inmortal, sin duda, el gran desafío que enfrentamos en la Tierra.

En el Drama del Calvario, Jesús ejemplificó la victoria del Espíritu sobre la carne. Los discípulos se frustraron con la victoria de la carne sobre el Espíritu.

En el mismo contexto, la advertencia:

Las grandes dificultades de la existencia envuelven la soledad.

Es como el enfermo preso en la cama, delante del cáliz de

amarguras. La familia lo rodea de solicitud, en el retino del hogar.

Él la bebe en soledad, en la intimidad del ser.

Poco después una multitud invadió el Jardín de los Olivos. Eran guardias, turbulentos y curiosos. Llevaban antorchas, espadas, palos y armas. Venían dispuestos a la lucha, si era necesario, al mando del judaísmo dominante.

Delante de todos, Judas.

La señal para identificar a Jesús – un beso. Era costumbre que los aprendices dieran un beso a sus maestros. En aquel momento, supuesta manifestación de respeto se revestía en una siniestra señal de presión.

Después del beso de la traición, Jesús se adelantó delante de los guardias:

- ¿A quién buscáis?

- A Jesús, el nazareno.

- Soy yo.

Al impacto de su fuerza magnética, los soldados perdieron la iniciativa. Jesús reitera:

- ¿A quién buscáis?

- A Jesús, el nazareno.

- Ya os dije que soy yo. Pero, si es a mí a quien buscáis, dejad entonces a estos que se vayan.

Los discípulos y acompañantes de Jesús reaccionaron. Simón

Pedro, coge una espada y hiere a uno de los siervos del sumo sacerdote, de nombre Malco, cortándole la oreja derecha.

Se cuestionó el uso de la espada. Sería totalmente fuera de propósito tal arma en las manos de un discípulo de Jesús. Probablemente era un machete, que se presta a muchas utilidades en el campo.

Aunque todos los evangelistas se habían reportado a la agresión, solamente en el Evangelio de Juan hay la citación del nombre del agresor.

¿Sería Pedro, realmente? Jesús contiene al grupo:

- Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomaren espada, a espada perecerán.

¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y él me daría más de doce legiones de ángeles? ¿No beberé en el cáliz que el Padre me dio? ¿Cómo, pues, se cumplirían las Escrituras, según las cuales así debe acontecer?

La expresión “quien con hierro hiere, con hierro será herido”, tiene su origen en las palabras de Jesús, anunciando uno de los principios básicos de la Doctrina Espírita, la Ley de Causa y Efecto. La vida siempre nos cobrará por nuestra rebeldía, trayéndonos de vuelta las consecuencias de nuestros errores.

Jesús razona con propiedad al decir que, si quisiese, como ya lo hizo tantas veces, escaparía del odio de sus adversarios. Pero tenía consciencia de que el momento era llegado. En un gesto de compasión, bien típico de él, **curó la oreja del soldado**. Y reiteró su palabra para la dulzura, diciendo a aquellos que lo prendían:

- ¿Cómo a un ladrón habéis salido con espadas y con bastones

ANTES QUE EL GALLO CANTE

a prenderme? Cada día me sentaba con vosotros enseñando en el Templo, y no me prendisteis. Pero todo esto se hace, para que se cumplan las Escrituras de los profetas.

En cuanto a los discípulos huyeron, un joven desconocido, envuelto en una sábana, se dispuso a acompañar a Jesús.

Evaporándose delante de los guardias que lo agarraron, dejó en sus manos la vestimenta sencilla y huyó desnudo. Esa fuga patética deja un simbolismo. La sabana representa la creencia religiosa que nos protege. Sin embargo, cuando somos llamados a beber el cáliz, cuando surgen los grandes desafíos y pruebas de la vida, dejamos, no es raro, la cobertura precaria de nuestras convicciones y huimos en la desnudez de nuestras inferioridades.

4

LA NEGACIÓN Y EL JUZGAMIENTO

Mateo, 26:57-75

Marcos, 14:53-72

Lucas, 22:54-71

Juan, 18:13-27

Después de aprisionar a Jesús, en el Huerto, dispersos los discípulos, Jesús fue llevado al palacio de Anás, que, habiendo sido sumo pontífice del judaísmo, aún era figura influyente y respetada.

Después del breve encuentro, Anás lo encaminó a la casa de Caifás, su yerno, que lo substituyera. Allí estaba reunido el Sinedrio, el tribunal judío, compuesto de sacerdotes, escribas y ancianos.

Probablemente no se hicieron presentes todos los setenta miembros, pero había un número suficiente. Al final, se trataba de decidir no “el que”, sino “como”, sería hecho. Era un juego de cartas marcadas, dado que ya fue decidido que Jesús debería de morir. La idea era eliminarlo de forma conveniente, sin crear incomodidades con el pueblo y, particularmente, con los dominadores romanos.

Dos discípulos acompañaban de lejos el desarrollo de los acontecimientos. Uno era Simón Pedro; el otro, probablemente, Juan. Ambos llegaron a la casa de Caifás. Juan partió, talvez para dar noticias a los compañeros de lo que

estaba ocurriendo.

Simón Pedro consiguió entrar. Permaneció en el amplio patio externo, cercano a Jesús, que aguardaba la decisión del Sinedrio.

La madrugada era fría...

El apóstol se situó junto a una hoguera, procurando calentarse. Entonces, una criada de la casa, fijándose atentamente, dijo:

- Este hombre estaba con él. Instintivamente Pedro lo negó:
- Mujer, no lo conozco.

Poco después, alguien afirmó:

- Tu eres, también, uno de ellos. Y Pedro, enfático:
- ¡Hombre, no lo soy!

Pasado casi una hora, otra persona lo denunció:

- También este verdaderamente está con él, pues es galileo. Y

Pedro:

- ¡Hombre, no sé lo que dices!

Al pronunciar la tercena negativa, escuchó el gallo cantar. Volviéndose, vio a Jesús contemplándolo serenamente. No había censura en su mirada. Solo, ciertamente, la melancolía de quien ve confirmadas sus previsiones. Saliendo de allí, el apóstol lloró amargamente.

Protagonizaba uno de los momentos más significativos del Evangelio, dándonos cuenta del abismo que hay entre lo que idealizamos y lo que hacemos. Simón Pedro, que se mostró dispuesto a enfrentar todos los martirios por Jesús, sucumbió

vergonzosamente a los propios temores, no vacilando en mentir, reiteradamente, para no ser preso.

Aquellos acontecimientos agitaron su alma. Siempre tan lleno de iniciativa, alardeando un coraje que no poseía, una fuerza que estaba lejos de poseer, comenzaba a entender la fragilidad de la condición humana. Para su felicidad, la lección fue bien asimilada. A partir de allí Pedro observaría con atención sus limitaciones de hombre rudo e impetuoso para, en la extensión de ingentes esfuerzos, convertirse en el indómito líder cristiano.

Más tarde, después de decenios de dedicación a la causa, él mismo daría el gran ejemplo. Conducido a la cruz, proclamó no ser digno de morir como Jesús, pidiendo que lo crucificasen de cabeza para abajo.

Convocado al interrogatorio, Jesús enfrentó la arbitrariedad de sus juzgadores. Según los dispositivos legales, en cualquier acusación había necesidad de pruebas. Se presentaron dos, alegando textualmente:

- Nosotros le escuchamos decir: “Puedo destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres días.”

Acusación absurda, pueril, que se reporta a una mera afirmación, no a una amenaza.

Se destaca que, según el registro evangélico, Jesús no dijo “destruiré” y, si, “si destruyerais”.

Detalle importante: Jesús no se refería al templo, que ningún judío, dotado de juicio, pensaría en demoler, pero la capacidad de resurgir de la muerte, si lo matasen, lo que acontecería en los episodios de las gloriosas materializaciones.

Caifás, que lo interrogaba, le ordenó que respondiese a la acusación. El Maestro permaneció en silencio. El sumo sacerdote lo provocó:

- Yo te conjuro por el Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios. Respondió Jesús:

- Si yo digo que sí, no lo creeréis, y si os pregunto no me responderéis.

- Todos exclaman:

- Entonces... ¿tú eres el Hijo de Dios?

Y Jesús respondió: Vosotros decís que yo lo soy.

Entonces, Caifás rasgó sus ropas sacerdotales, un gesto teatral, adoptado frecuentemente por las autoridades religiosas cuando pretendían exhibir una gran indignación, y gritó:

- ¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos aun de testigos? He aquí, ahora habéis oído su blasfemia. ¡Pues nosotros mismos lo oímos de su boca! ¿Qué os parece?

Y respondiendo ellos, dijeron: Culpado es de muerte.

Entonces le escupieron en su rostro, y le dieron de bofetadas; y otros le herían con las varas, diciendo:

- ¡Profetízanos, oh Cristo! ¿quién es el que te ha herido? Y los guardas lo retiraron a bofetadas.

Jesús no robó, no mató, no cometió nada susceptible de prisión, y mucho menos de condena a muerte. Cuando confirmó que era hijo de Dios solo expresó la condición

humana. Somos todos sus hijos. Por tanto, no había base legítima para ninguna acusación. Pero los señores del judaísmo estaban poco interesados en la legalidad.

Las “pruebas” eran más que suficientes. Solo había un problema. Palestina permanecía bajo dominio de Roma. La sentencia, por tanto, debería ser ratificada por Poncio Pilatos, el gobernador romano.

5

DELANTE DE PILATOS

Mateo, 27:1-26

Marcos, 15:1-15

Lucas, 23:1-25

Juan, 18:28-40,19:1-16

Al tener noticia de que el Maestro fue condenado a muerte por el Sinedrio, Judas se desesperó. Todo salió mal. No esperaba que Jesús evitase una reacción popular a su prisión, ni que el Sinedrio adoptase tan drástica medida. Fue al templo, probablemente en la mañana de viernes. Buscó a los sacerdotes. Quería volver atrás, deshacer el error. Y les dijo:

- Yo he pecado entregando la sangre inocente.

- ¡Qué nos importa, eso es contigo!

Atormentado, Judas lanzó las treinta monedas de plata al suelo, el precio de la traición. En un gesto de desespero, se ahorcó, pretendiendo castigarse de su crimen.

Los sacerdotes no quisieron las monedas. No podían ser guardas en el templo, porque constituían precio de sangre.

Según el relato evangélico, habrían comprado con ellas el campo de un alfarero para la sepultura de los peregrinos extranjeros. Evocando el origen del dinero usado, quedaría conocido como campo de sangre. En cuanto a eso, Caifás se reunió nuevamente en el Sinedrio para la situación final. Jesús

fue llevado al pretorio, residencia oficial del gobernador.

Conforme las complicadas prescripciones judaicas, los judíos quedaban impuros entrando en casa del gentil. Como estaban a las vísperas de la Pascua, los acusadores no querían esa contaminación. Pidieron, por tanto, la audiencia fuera del recinto.

Delante de la multitud, preguntó Pilatos:

- ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Impertinentes, responden los señores del templo:

- Si no fuese él un maleante, no te lo entregaríamos.

Desde el principio Pilatos se reveló con poca voluntad. Aquella era una cuestión de carácter religioso, que era al respecto de los judíos. Prefería no interferir.

- Cogedlo vosotros mismos y juzgarlo según vuestra ley.

Sus interlocutores se alegraron que no prohibieran la prerrogativa de condenarlo a muerte. Y lo acusaron, procurando justificar la pena máxima:

- Encontramos a este hombre corrompiendo nuestra nación, prohibiendo de pagar el tributo al Cesar y diciendo ser él el Cristo, el rey.

Astutamente, cambiaban el enfoque. En principio, era una cuestión religiosa: Jesús amenazaba el culto establecido.

Ahora enfatizaban el carácter público: Jesús incitaba a la desobediencia civil y pretendía ser rey, contradiciendo al dominio romano.

Pilatos decidió interrogar al prisionero. Entró con él en el pretorio.

- ¿Eres tú el Rey de los judíos?
- ¿Dices eso por ti mismo u otros te dijeron eso de mí?

¿El gobernador estaba convencido de la hipotética pretensión política de Jesús, o apenas influenciado por mentiras, envolviendo una supuesta conspiración?

Irritado, Pilatos argumentó:

- ¿Acaso soy judío? Tu pueblo y los principales sacerdotes te entregaron a mí. ¿Qué hiciste?
- Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuese de este mundo, mis ministros habrían combatido para que yo no fuese entregado a los judíos. Pero por ahora mi reino no es de aquí.
- ¿Entonces, tu eres Rey?
- Tú lo dices: yo soy Rey. Para eso nací y para eso vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad escucha mi voz.
- ¿Qué es la verdad?
- Jesús se mantuvo en silencio.

Pilatos no tenía condiciones para comprenderlo. Materialista, jamás entendería aquel Reino Divino que transcendía a las ambiciones humanas, regido por leyes soberanas y justas, que escapaban a su entendimiento.

El Maestro las sintetizaba y vivenciaba. En ese aspecto, era la propia verdad.

*** Pilatos estaba

impresionado. Volvió a los sacerdotes: No encuentro culpa alguna en este hombre.

Los acusadores insistían:

- Él subleva al pueblo, enseñando por toda la Judea, desde la Galilea, donde comenzó, hasta aquí.

Pilatos admiraba el silencio del prisionero, que ni siquiera se defendía de las acusaciones. Pues Él era consciente de la inutilidad de cualquier esfuerzo en este sentido. Sabía lo que le esperaba.

El gobernador no veía culpa en el acusado, pero dudaba. No pretendía contrariar al judaísmo dominante.

Escuchando la referencia a Galilea, quiso saber si Jesús era galileo. Ante la respuesta afirmativa, encontró la solución para este impasse.

Herodes Antipas, príncipe judío, nombrado por Roma para gobernar Galilea, estaba en Jerusalén. Vino para las celebraciones de la Pascua. Decidió, por tanto, someter la cuestión a su albedrío.

El tetrarca recibió a Jesús con satisfacción. Escuchó hablar de los prodigios que realizaba, de las curas milagrosas, de su destacada sabiduría. Le hizo muchas preguntas.

Jesús permaneció en silencio.

Herodes se irritó. Dando oídos a los sacerdotes y escribas que

lo acusaban, vehementes, pasó a tratarlo con desprecio. Pretendiendo ridiculizarlo, determinó que lo visitasen con un manto blanco, usado por los príncipes, y lo envió de retornó a Pilatos. Este reiteró a los sacerdotes:

- Vosotros me presentasteis a este hombre como agitador del pueblo, pero, interrogándolo delante de vosotros, no encontré en él ninguno de los delitos de que lo acusáis. Ni incluso Herodes, pues lo envió nuevamente a nosotros. Como veis, él nada hizo que merezca la muerte. Por tanto, después de castigarlo, lo soltaré.

Algunos azotes habrían de satisfacer a la multitud y evitar la agitación. Había, aun, otra posibilidad.

Según las costumbres judías, por ocasión de la Pascua, el gobernador liberaba a un condenado escogido por el pueblo.

La opción quedaba entre Jesús y un peligroso salteador, Barrabas, acusado de matar a un hombre. Pilatos se dirigió al pueblo:

- Es costumbre entre vosotros que yo suelte a un condenado en la Pascua. ¿Queréis, por tanto, que suelte al Rey de los judíos?

La decisión le parecía obvia. Jesús era un donador de bendiciones. Barrabas, un bandido. Jamás podría ser superado la decisión popular por aquel delincuente.

Ocurre que la multitud allí presente no incluía a los amigos y admiradores de Jesús. No estaban allí aquellos que habían aclamado, la entrada triunfal en Jerusalén. Apenas sirvientes y personas instigadas por los señores del templo, con el propósito de promover su condenación. La preferencia, por

tanto, se inclinó para Barrabás.

En ese ínterin, Pilatos recibió un mensaje de su mujer. Claudia Prócula era su nombre, según la tradición. Se reportaba a una experiencia onírica. Se supone que tuvo consciencia durante las horas del sueño de la inocencia de Jesús y del crimen que estaba siendo cometido, lo que la afligía bastante. Decía:

Nada haya entre ti y ese justo, porque mucho sufrí ayer en sueño, por causa suya.

Era un buen motivo para Pilatos acabar con las maquinaciones siniestras de los señores del templo. Pero, vacilante, se limitó a confirmar, junto a la multitud:

- ¿Cuál de los dos queréis que libere?

- ¡Barrabas!

- ¿Qué haré, entonces, de Jesús, llamado Cristo?

- ¡Crucificarlo!

A esas alturas era imposible contener los clamores que crecían. Decidió intentar un último recurso. Mandó someter a Jesús al flagelo.

Al prisionero se le quitaron las ropas. Lanzaron sobre él un manto de púrpura. Improvisaron una corona de espinos, se la pusieron sobre su cabeza y le dieron un cañizo, a la manera de cetro. Fue abofeteado. Escupieron en él...

El gobernador volvió a hablar a la multitud:

- He aquí, os lo traigo fuera, para que entendáis que ningún crimen hallo en él.

Jesús fue presentado en situación ridícula y vejatoria, herido,

coronado de espinos, sangre recorriendo su cara, manto de púrpura cubriendo su desnudez.

La idea era situarlo de forma ridícula, como si fuese un débil mental que se enarbolaba rey. Podían reírse de él, pero no había por que condenarlo.

- He aquí el hombre. Nada adelantó.

Los sacerdotes instigaban:

- ¡Crucificarlo! Si lo sueltas, no eres amigo de Cesar. ¡Todo aquel que se hace rey se declara contra el Cesar!

La multitud gritaba, a pleno pulmón:

- ¡Crucificarlo!

- ¿He de crucificar a vuestro Rey?

- No tenemos Rey sino Cesar.

Vacilante y omiso, incapaz de ejercer su autoridad, Pilatos decidió eximirse. Mandó ir a por agua y se lavó las manos delante del pueblo, en un gesto teatral:

- Estoy libre de sangre de este justo. Queda el caso con vosotros. Barrabás, suelto. Jesús, entregado a la saña de la multitud.

Se consumaba el crimen innominalable contra el más puro, el más sabio de todos los Espíritus que transitaron por la Tierra. No obstante, Jesús transformaría la cruz, algo abominable, destinada a los criminales, en un símbolo de redención humana.

Olavo Bilac, el príncipe de los poetas brasileños, expresa con belleza ese momento glorioso, por la psicografía maravillosa de Francisco Cándido Xavier:

Sobre la frente de la multitud hay un susurro ahogado. La multitud entera, ansiosa se congrega, sorda a la lección del amor, implacable y ciega, para la consumación de los festines del pecado.

- ¡Crucificarlo! – exclama... Un lamento le llega de la Tierra que susurra y del Cielo despreciado.

- ¿Jesús o Barrabas? – pregunta, inquiere el grito de la justicia sin Dios, que trémula se entrega.

- ¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Jesús!... - la respuesta pasa como un sople cruel del Aquilón de la desgracia, sin que el Ángel de la Paz maldiga o gima...

Y debajo del apodo y ensangrentada cara, toma de la cruz del dolor para que el dolor quedase como la gloria de la vida y la victoria suprema.

6

LA CRUCIFIXIÓN

Mateo, 27:32-56

Marcos, 15:20-41

Lucas, 23:26-49

Juan, 19:17-30

Después Pilatos de lavar las manos, la multitud se burlaban del condenado. El manto de púrpura fue retirado. Jesús retomó sus ropas.

La crucifixión sería en el monte Calvario (Gólgota en arameo). Significa calavera, tal vez porque allí había una formación rocosa con la apariencia de un cráneo humano. La tradición cristiana consagraría la expresión como símbolo de sufrimientos redentores. En el lugar, hay hoy un templo denominado Iglesia del Santo Sepulcro.

Le impusieron la cruz, más exactamente el travesaño horizontal. Sería muy pesado cargar todo el madero. La asta vertical quedaba en el lugar de la crucifixión, ya clavada en el suelo. Incluso así no era fácil. Se calcula que el madero tendría cerca de dos metros y medio de largo y cuarenta kilos. Seguían junto dos ladrones, también condenados.

Recorrerían aproximadamente seiscientos metros. Caminata torturante para Jesús, exhausto por los malos tratos, y desangrándose.

Los guardas llamaron a un transeúnte, de nombre Simón, para ayudarlo. Consta que era padre de Alejandro y Rufo, dos

jóvenes que, según la tradición, acabaron convertidos. Tal vez lo mismo haya acontecido con el padre.

Simón había nacido en Cirene, en el norte de África. La tradición fijaría su naturalidad, cirineo, como sinónimo de solidaridad.

Acompañando a los condenados están aquellos que habían impuesto la muerte a Jesús, pero había, también, simpatizantes. Eran principalmente mujeres, valerosas que lloraban su muerte. En dado momento, Jesús le dirigió la palabra:

- ¡Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos! Porque he aquí vendrán días en que dirán: ¡Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron! Entonces comenzarán a decir a los montes: ¡Caed sobre nosotros! y a las colinas: ¡Cubridnos! Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco, ¿qué se hará?

Jesús una vez más ejercitaba la clarividencia, contemplando el futuro. Preveía la destrucción de Jerusalén, promovido por el general romano Tito, cerca de cuarenta años después, dando inicio a la diáspora, la dispersión de los judíos por el mundo. Tito no dejaría piedra sobre piedra. Quien va a Jerusalén hoy, tiene apenas referencias geográficas, el lugar donde estaba el templo, el huerto de los olivos, el monte Calvario...

Llegados al lugar de la ejecución, dieron a los condenados un brebaje, vino mezclado con mirra y hiel. Tenía un efecto de anestesia, embotando las sensaciones. Era ofrecido por

piadosas mujeres, que pretendían aminorar sus padecimientos.

El Maestro lo probó, pero no quiso la bebida.

Normalmente, cuatro soldados romanos se encargaban de la crucifixión. En aquella mañana había también un centurión, probablemente delante del prestigio de Jesús.

Clavados los condenados por los puños, en la asta horizontal. Posteriormente suspendidos, era fijada el madero vertical. Después era clavado los dos pies, uno sobre el otro, con un clavo o, separadamente, con dos clavos. Había un supedáneo, así llamada la base que quedaba bajo los pies. Servía de apoyo, evitando que el peso del cuerpo lo hiciese descolgarse, rasgando sus carnes. Obviamente, era muy doloroso. La cruz era el peor tipo de ejecución, el más humillante, en tormentosa lentitud. El crucificado llegaba a estar días agotándose, sufriendo dolores punzantes.

Según la cronología evangélica, eran las nueve de la mañana cuando Jesús fue crucificado, junto con los dos ladrones.

Los crucificados quedaban desnudos. Aparentemente, por respeto especial, permitieron que Jesús tuviese una toalla ceñido en su vientre. En cuanto a las demás pertenencias de uso personal, fueron divididos por los soldados, mientras que su túnica era sorteada, quedándose uno de ellos.

Pilatos mandó escribir en la cruz, en hebraico, romano y griego: Jesús, el nazareno, el rey de los judíos.

Pidieron los sacerdotes que escribiese “él dice, soy rey de los judíos”, pero el gobernador romano, irritado, harto de aquella

historia, confirmo:

- Lo que escribí está escrito. Quedó así mismo.

La multitud rodeaba de improperios la cruz:

- Tu que destruyes el santuario y en tres días lo reconstruyes, sálvate a ti mismo, si eres hijo de Dios, y desciende de la cruz.

Uno de los ladrones hacía coro con la multitud.

- ¿No eres tú el ungido? Sálvate a ti mismo y a nosotros. El otro censuraba su actitud:

- ¿No temes a Dios, por estar en el mismo juzgamiento? Nosotros padecemos con justicia, porque recibimos el digno castigo a nuestras obras, pero él nada hizo de mal.

Encima de aquellas voces desvariadas, escucharon a Jesús dirigirse a Dios:

- ¡Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen!

Él, que durante el apostolado exaltaba la indulgencia como condición indispensable a las bienaventuranzas celestes, encendió en aquel momento la divina antorcha del perdón, que habría de iluminar para siempre los caminos del Reino. Si el amor es la base de la acción cristiana por la edificación de un mundo mejor, el perdón es su escudo, su protección.

Imposible ejercitar aquel amor glorioso, que se expresa en el sacrificio de los intereses personales a favor del bien común, sin el ejercicio del perdón ilimitado.

Jesús veía en aquellos que lo condenaban, que se burlaban de él,

hombres frágiles y falibles, que no tenían la mínima noción de lo que estaban haciendo.

Realmente, todo aquel que practica el mal es digno de compasión. No imagina los sufrimientos a que se ofrece, en el cumplimiento de la Ley de Causa y Efecto, que gobierna la evolución humana.

El perdón nos libra de las angustias y desajustes generados por el rencor, el odio, el resentimiento, permitiéndonos vivir en tranquilidad, incluso aun siendo perseguidos y vilipendiados. Es tan importante que podemos afirmar, categóricos que los que no perdonan tampoco saben lo que hacen.

El condenado que censuró al compañero, fijado por la tradición como Dimas, el buen ladrón, se dirigió a Jesús:

- Señor, acuérdate de mí, cuando estés en tu Reino. Jesús respondió:

- En verdad, yo te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso.

Los teólogos medievales sitúan esas palabras de Jesús como un atestado de que el arrepentimiento sincero nos exime de las culpas. De ahí la tradición de ofrecer a alguien que se acerca a la muerte la extrema unción o, como hoy es denominada, la unción de los enfermos, un sacramento que habilitaría al moribundo, desde que arrepentido, a saltar a las estancias del paraíso.

La Doctrina Espírita nos enseña que el arrepentimiento es importante, en la medida en que cambia los rumbos de nuestra vida, pero no nos libra del esfuerzo de reparar el mal realizado.

Admitiendo, por tanto, que realmente eso haya ocurrido y que Jesús lo haya llevado consigo para una región elevada, habría de ser por mera práctica reparadora, con el retomar obligatorio de las luchas humanas, para el acierto de sus cuentas.

Discípulos y simpatizantes observaron de lejos los acontecimientos.

Junto a la cruz estaban:

María, su madre.

Juana de Cusa, hermana de María. María, madre de Santiago (Menor). María de Magdalena.

Salomé, la madre de Juan y Santiago (mayor).

Eran las fieles discípulas, que siempre lo habían acompañado. De los apóstoles, solo Juan, junto a María. Viéndolos, Jesús se dirigió a la madre:

- ¡Mujer, he aquí tu hijo! Después, a Juan:
- ¡He aquí tu madre “santísima”!

La indicación revelaba su solicitud con María. Cabría a Juan, el discípulo amado, cuidar de ella, en su ausencia. Según la tradición, ella estuvo con el apóstol hasta el fin de sus días, en Éfeso.

Algunas horas pasaron. El cielo se hizo sombrío, cargado de nubes oscuras. Sobre las tres de la tarde, Jesús habría

proclamado, en voz alta:

- ¿Eli, Eli, lema sabachtáni?

Según el evangelista Marcos, significaba:

- Dios mío, Dios mío, ¿por qué me abandonaste?

Algunos exegetas consideran la posibilidad de un error de traducción. Jesús estaría, en verdad, agradeciendo a Dios por haber sido glorificado, no abandonado.

Algunos de los presentes imaginaron que Jesús estaba dirigiéndose al profeta Elías. De cualquier forma, es inadmisibles que Jesús así se haya expresado. Jamás se sentiría abandonado por Dios o habría de lamentar la ausencia de Elías.

Todos aquellos acontecimientos habían sido previstos por él. Como dijo, si lo desease podría convocar a las milicias celestes para liberarlo. Ocurre que la crucifixión era el supremo testimonio, dando la consistencia a sus lecciones. No había, por tanto, por que lamentar una supuesta negligencia divina.

Jesús pidió agua. Mojaron una esponja, en un brebaje ordinario, mezcla de vinagre y agua, llevándolo a sus labios. Entonces, el Maestro dijo, en un último aliento.

- Está todo consumado. En Tus manos, Padre, entrego mi Espíritu. Era el acto final del Drama del Calvario. El momento culminante.

Si tuvieran los hombres allí presentes el don de la videncia, observarían a Jesús dejando tranquilo el ropaje carnal, recibido

por pléyades de Espíritus superiores que venían a darle las bienvenidas.

Es el gobernador de la Tierra, el supremo señor de nuestros destinos, prepuesto de Dios, que retornaba victorioso a los parajes celestes. Dejaba un rastro de luces, marcado por lecciones y ejemplos, donde el pesebre y la cruz quedaban como símbolos de la redención humana.

Humildad, en el pesebre. Sacrificio, en la cruz.

Constituirían la bandera de todos sus seguidores, inspirándolos en la divina edificación del Reino.

Dice André Luiz, en la psicografía de Chico Xavier:

La multitud aplaudía, en delirio, la causa triunfante de los crucificadores. Pero el Cristo, sereno y resignado, clavado en el madero de la infamia, era la Causa de Dios. Por eso, la multitud pasó, pero Jesús quedó para siempre.

7

LA SEPULTURA

Cuando Jesús expiró se dieron espantosos acontecimientos:

Mateo, 27:57-66, 28:1-8

Marcos, 15:42-47, 16:1-8

Lucas, 23:50-56, 24:1-12

Juan, 19:38-42, 20:1-9

Y he aquí, el velo del Templo se rompió en dos, de alto a bajo; y la tierra tembló, y las piedras se hundieron; y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y salidos de los sepulcros, después de la resurrección de Jesús, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos. El centurión y los soldados que participaron en la crucifixión, delante de lo que estaba ocurriendo, espantados y temerosos, habrían glorificado a Dios, diciendo:

- ¡Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios!

Los que habían abucheado a Jesús volvieron para sus casas golpeándose el pecho, demostrando arrepentimiento.

Descartados los excesos fantasiosos de esas narrativas, es posible ver en ellas algo de real y simbólico. La idea del velo rasgado en el santo de los santos, el lugar más sagrado del templo, puede significar un nuevo tiempo de religiosidad libre de exterioridades, con acceso a los valores espirituales llevados

por Jesús. Todo sería muy sencillo. La nueva orden religiosa no habría misterios, Solamente amor.

Nada de lugares sagrados. Dios está en todo y en todos. La presencia de Espíritus superiores, que vinieron para la culminación del apostolado de Jesús, ciertamente fue notada.

Es significativa la expresión aparecieron a muchos. No fue un fenómeno objetivo que todos presenciaron, sino una visión espiritual, observada apenas por aquellos que poseen sensibilidad mediúmnica.

Para que sirviesen de ejemplo, las autoridades romanas dejaban los cadáveres expuestos en la cruz, a merced de buitres y perros.

En Palestina, esa práctica horripilante contrariaba a las tradiciones religiosas, que recomendaban sepultarlo el mismo día de su muerte, con un detalle: antes del anochecer.

Es oportuno recordar que para los judíos el día comenzaba al oscurecer. Como era viernes, por la tarde, en pocas horas estarían en sábado, consagrado al Señor, en que era vedada cualquier actividad desvinculada del culto, hasta incluso sepultar. Así, fue solicitado a Pilatos que mandase romper las piernas de los condenados para acelerar su muerte. Los soldados cumplían la determinación junto a los dos ladrones. Con Jesús, ya muerto, no fue necesario. Uno de los soldados, que la tradición denominó Longinos, para asegurarse, agujereó con una lanza, el costado, alcanzando su corazón.

Consta que de la herida salía sangre y agua. La supuesta agua probablemente era el líquido amarillento, seroso, del pericardio.

Vino un hombre rico, llamado José, natural de Arimatea. Era ilustre miembro del Sinedrio, hombre bueno y justo, que discrepaba de sus compañeros en el funesto juzgamiento. Fue de él la iniciativa de buscar a Pilatos y solicitarle la autorización para sepultar a Jesús.

El gobernador romano vio raro que el condenado ya estuviese muerto, solo seis horas después de la crucifixión. Confirmada la información junto a un centurión, José fue atendido, regresando al Calvario.

Llego, también Nicodemo, el fariseo que tuvo el célebre encuentro con Jesús, cuando hablaron sobre la reencarnación. Trajo cerca de cien libras, el equivalente a treinta kilos, de la mezcla de mirra y aloe.

La mirra es una resina sacada del árbol que lleva el mismo nombre; el aloe, una madera aromática, triturada. Mezclada, retardan la descomposición del cadáver.

Los dos hombres hicieron la aplicación en el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en paños de lino, preparándolo para sepultarlo.

En las cercanías había un jardín. En él, excavado en la roca, un sepulcro nuevo, perteneciente a José de Arimatea. Decidieron sepultarlo allí mismo, sin tardanza, después de que rodasen una piedra enorme, cerrando la abertura.

María Magdalena y la otra María, madre de Santiago, estuvieron presentes, acompañando como lo sepultaban.

En ese ínterin, los sacerdotes se reunieron con Pilatos y le

dijeron:

- Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después del tercer día resucitaré. Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el día tercero; para que no vengan sus discípulos de noche, y lo hurten, y digan al pueblo: Resucitó de los muertos. Y será el último error peor que el primero.

Y Pilato les dijo:

- Tenéis la guardia: id, aseguradlo como sabéis.

Y yendo ellos, aseguraron el sepulcro con guardia, sellando la piedra.

Pasado el sábado, rozando el domingo, se hizo sentir un temblor de tierra, resultante de la acción de un ángel, removiendo la piedra que cerraba el sepulcro. Se sentó sobre ella. Y su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve. Los guardas, asustados, se quedaron inmóviles, como si estuviesen muertos.

En ese momento, María Magdalena, la otra María, madre de Santiago, y Salome, decidieron llevar aromas para ungir a Jesús.

Como fue explicado, el aloe y la mirra que José de Arimatea y Nicodemo aplicaron, retardaban la descomposición. Por eso sería posible aun contemplarlo, dos días después de su muerte. Y decían entre sí:

- ¿Quién apartará para nosotras la piedra de entrada en el sepulcro? Llegando, observaron que estaba movida.

Entrando... la gran sorpresa:

¡El cuerpo de Jesús allí no estaba!

Perplejas, vinieron dos ángeles que se presentaron con ropas resplandecientes. Uno de ellos les dijo:

- No tengáis miedo. Sé que buscáis a Jesús Nazareno, que fue crucificado. ¿Por qué buscáis entre los muertos aquel que está vivo? Él no está aquí, porque ya resucitó, como lo había dicho.

Recordad cómo os habló, cuando estaba aún en Galilea: “Es preciso que el Hijo del Hombre sea entregado a las manos de los pecadores, sea crucificado, y resucite al tercer día.”

Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor. Id rápidamente y decid a sus discípulos y a Pedro que Jesús resucitó de los muertos... Eufóricas, las piadosas mujeres buscaron a los discípulos.

María Magdalena fue a Simón Pedro y Juan, que acudieran al sepulcro, allí encontrando solamente la sabana que envolvía el cuerpo de Jesús y el pañuelo que le cubrió el rostro.

Del pañuelo no tenía noticias. Se especulaba que la sabana sería el famoso santo sudario, reliquia que se encuentra en Turín, en Italia, objeto de controversias en cuanto a su legitimidad. Aunque un tanto escéptico, Simón Pedro y Juan quedaron impresionados.

Jesús les dijo que serían cumplidas las escrituras. Estas proclamaban que el Mesías resucitaría.

El desaparecimiento del cuerpo, sin dejar vestigios, era motivo de una gran emoción, inundando sus corazones de expectativa.

- Para las religiones tradicionales, el desaparecimiento del

cuerpo es la prueba de que Jesús resucitó.

Admitiéndose esa hipótesis, hay un problema igualmente complejo a resolver. Llegaría el momento en que el Maestro habría de partir. ¡Y de ahí! ¿Qué habría pasado con su cuerpo? ¿Dónde estaría?

Buscando quitar esa duda, los teólogos medievales resolvieron que el cuerpo de Jesús pasó por una transustanciación y se hizo divino, capaz de transportarse del plano físico para el espiritual.

Cayeron en el terreno fértil de la imaginación. Recordando el propio Jesús, en el célebre dialogo con Nicodemo, lo que es nacido de la carne es carne, lo que es nacido del espíritu es espíritu (Juan, 3:6). La carne no se “espiritualiza”, ni se transfiere para el Más Allá.

Dejando de lado esa fantasía y admitiendo que todo aconteció como está registrado, podemos pensar que el Maestro dispuso todo para que su cuerpo fuese desmaterializado.

Si el santo sudario es auténtico, su imagen allí impresa de forma desconocida, sin el uso de tinta, podría ser el resultado de esa operación. Al transformarse en energía, el cuerpo habría impreso el lino, como si fuera papel fotográfico.

Diría el lector versado en física que semejante operación desencadenaría una explosión atómica. Bien, admitido que Jesús ejercitaba poderes que transcendían a las limitaciones humanas, no le sería difícil evitar ese “pequeño” efecto colateral.

Sea como sea, al preparar el desaparecimiento de su cuerpo, Jesús procuró evitar el “culto al cadáver”, y la disputa por “reliquias” (dientes, cabellos, huesos, ropas), que fatalmente

ANTES QUE EL GALLO CANTE

acontecería, bien típica de las tendencias humanas. Deseaba que lo reverenciasen con la vivencia de sus lecciones, jamás con la adoración de sus despojos carnales. Así, eliminó los trazos materiales de su pasaje por la Tierra.

8

PREPARANDO EL ESCENARIO

Mateo, 28:9-15

Marcos, 16:9-13

Lucas, 24:13-35

Juan, 20:10-18

Poco después, Simón Pedro y Juan partieron. Quedó solamente María Magdalena, llorando, con nostalgia.

¿Dónde estaría Jesús? ¿Qué habrían hecho del Maestro amado?

Volviéndose para el sepulcro, experimentó una celeste visión. Allí estaban dos ángeles, uno a la cabecera, otro a los pies del lugar donde estuvo el cuerpo de Jesús. Uno de ellos le preguntó:

- ¿Mujer, por qué lloras?
- Es que se llevaron a mi señor y no sé dónde lo pusieron.

Alguien se acercaba. Volviéndose, preguntó:

- Señor, si fuiste tú que lo sacaste, dime donde lo pusiste, me lo llevaré conmigo.
- María – balbuceó cariñosamente, el recién llegado...

Reconociéndolo, María exclamó, feliz:

- ¡Maestro!

Podemos imaginar la emoción de la joven. Ciertamente quiso besarle las manos, demostrando su cariño y aprecio, pero Jesús

la mantuvo apartada:

- No me toques, María, porque aún no fui con mi Padre, pero ve a mis hermanos y diles que subo para mi Padre y vuestro Padre, para mi Dios y vuestro Dios.

La joven lo veía con los ojos del alma. Una videncia. Como tal, Jesús era intangible. Un contacto físico sería tan frustrante como coger el humo. Él aun apareció a otras discípulas, no citadas nominalmente. La preferencia por las mujeres en sus primeros contactos espirituales evidencia como valoriza la participación femenina. Algo prodigioso para la época. Como hemos comentado, la mujer era considerada un ser inferior, mera sierva del hombre. Por otro lado, premiaba su dedicación. Fueron las piadosas mujeres que lo acompañaron en el drama del calvario y estuvieron presentes en la crucifixión, mientras los discípulos permanecían de lejos, a excepción de Juan.

María se dio prisa en comunicar a los apóstoles el glorioso encuentro. Eufórica... proclamó:

- ¡Vi al Señor!

No la creyeron. ¡No podían imaginar que una mujer pudiese pasar por una experiencia tan significativa! Más allá de eso, tenían dificultad para lidiar con aquella revelación, aunque muchas veces el Maestro les hubiese afirmado que volvería del Más Allá.

En ese ínterin, los guardas despertaron. Estaban sorprendidos. Al final, llamados a vigilar el sepulcro, se habían dormido vergonzosamente. Y ahora, ¿cómo explicar el desaparecimiento del muerto? No tuvieron valor de relatar lo ocurrido a las

autoridades romanas. Buscaron a los líderes judíos. La noticia los dejó estupefactos y terriblemente preocupados. Era necesario evitar que el episodio fuese usado por los galileos para proclamar que el crucificado era un ser espiritual, un enviado divino.

Después de confabular, dieron a los soldados una gran suma de dinero, recomendándoles:

- Diréis: “Sus discípulos vinieron de noche y lo robaron, mientras estábamos durmiendo.” Si eso llega a los oídos del gobernador, habremos de persuadirlo y os librareis de cualquier castigo.

Los guardias recibieron el dinero e hicieron de conformidad con las recomendaciones, divulgando el rumor.

En ese mismo día, dos discípulos iban en dirección a Emús, aldea en las proximidades de Jerusalén. Un hombre se acercó y caminó con ellos. Viendo que comentaban los acontecimientos ocurridos, les preguntó al respecto.

Uno de ellos, llamado Cléofas, le respondió:

- ¿Tú eres el único peregrino en Jerusalén que no sabe lo que ha ocurrido en estos días?

- ¿Qué pasó?

- De Jesús Nazareno, el cual fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo le entregaron los príncipes de los sacerdotes y nuestros príncipes a condenación de muerte, y le colgaron de un madero. Pero nosotros esperábamos que él era el que había de

redimir a Israel; y ahora sobre todo esto, hoy es el tercer día que esto ha acontecido. Aunque también unas mujeres de los nuestros nos han espantado, las cuales antes del día fueron al sepulcro; y no hallando su cuerpo, vinieron diciendo que también habían visto visión de ángeles, los cuales dijeron que él vive. Y fueron algunos de los nuestros al sepulcro, y hallaron, así como las mujeres habían dicho; ¡pero a él no le vieron!

Así como aconteció con los apóstoles, los dos viajeros no daban crédito al relato femenino. Quedaron sorprendido cuando el peregrino les dijo, perentorio:

- ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?

Comenzando por Moisés y recorriendo todos los profetas, interpretó, en las escrituras, lo que decía respecto al mensajero divino. Todo lo que ocurrió solamente confirmaba las profecías.

En la entrada de Emaús los discípulos lo convidaron:

- Quédate con nosotros, porque es tarde y el día ya declina.

En la mesa, en la hospedería, el peregrino tomó el pan y lo bendijo; después lo partió y lo dividió con ellos, exactamente como Jesús lo hacía en la última cena. Entonces, como si les abriesen los ojos, hasta entonces, cerrados, reconocieron estar delante del propio Mesías. Y dijeron uno al otro:

- ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?

Diferente de la aparición a María Magdalena, Jesús allí se manifestaba materializado, tangible, tanto que cortó el pan y lo repartió. Poco después, a los ojos atónitos de los discípulos, se desmaterializó.

Emocionados y eufóricos, los dos hombres retornaron, apresados, a Jerusalén. Uno de los apóstoles, al escuchar su relato, confirmó:

- Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón.

Ese encuentro con Simón Pedro, aparece apenas en esa citación. Pablo, en la Primera Epístola a los Corintios, 15:5, también escribe, lacónicamente, al respecto.

Es extraño que no haya detalles. Al final, envuelve la figura más prominente del cristianismo primitivo. Lo más probable que tengamos aquí un mero folclore. No era razonable que las apariciones excluyesen al apóstol. Así se llenó la laguna con la breve referencia.

¿Por qué las primeras manifestaciones de Jesús ocurrieron fuera del movimiento, delante de humildes mujeres y oscuros seguidores?

Podemos entender, considerando que el colegio apostólico se separó. Los discípulos estaban dispersos, derrotados en su escasa fe. Al impacto de aquellas manifestaciones se vieron en las circunstancias de reunirse, a fin de discutir el asunto. Era lo que Jesús deseaba. Se completaba el escenario para sus decisivas intervenciones.

9

VENCIENDO A LA MUERTE

Marcos, 16:14-18

Lucas, 24:36-49

Juan 20:19-29

Las buenas noticias sobre las apariciones de Jesús, aunque encaradas con escepticismo, fueron motivo de emoción para la pequeña comunidad cristiana. Había, aun, la insólita desaparición de su cuerpo. Los discípulos vivían momentos de ansiosa expectativa. Sentían que algo muy importante iba a ocurrir. Necesitaban de estímulo.

La muerte de Jesús precipitó a todos al desaliento, principalmente por el hecho de que habían huido, como una banda de colegiales amedrentados.

Les pesaba la deserción. Peor: se sentían como barco sin timonel.

Mientras Jesús estaba a su lado, todo les parecía fácil. El Maestro tenía rápida solución para los problemas, anulaba las dudas, superaba las dificultades, sustentaba el ánimo al grupo. Después de su muerte, era como si faltase el suelo debajo de los pies, perdidos en aquel terrible desencadenar de acontecimientos.

Mucho habían aprendido en los tres años de convivencia fraterna y mucho tenían para ofrecer. Entretanto, en aquellos días angustiantes no se sentían animados para el cumplimiento de las recomendaciones tantas veces oídas. Permanecían en una

pesada expectativa, como la espera de la ayuda del cielo, viniese a reavivar la fe, la esperanza y el buen ánimo, que titilaba en sus corazones.

A la tarde, en pleno domingo, se dio la reunión del colegio apostólico. El único que se encontraba ausente, era Tomás.

Allí estaban los hombres escogidos por Jesús para esparcir su doctrina; que levantarían bien alto su nombre; que darían la vida por su causa evangélica; que serían aclamados por las generaciones futuras como santos y héroes. En aquel exacto momento eran apenas humildes galileos, frágiles, temeroso, desanimados... He ahí que la sala se hizo plena de luz y se irguió la figura augusta del Mesías, diciendo, como en los días venturosos del pasado:

- ¡Paz tengáis!

Según el relato evangélico, la primera reacción del grupo fue de miedo. Parece extraño, amigo lector, pero es lo que está registrado: miedo y espanto... ¡Un fantasma!

La ignorancia induce a las personas a encarar de forma negativa y amenazadora cualquier manifestación de la espiritualidad. Es un atavismo psicológico que todos llevamos, fruto de viejas supersticiones.

La religión ortodoxa, a su vez, nada hizo para cambiar ese cuadro, situando tales fenómenos como manifestaciones del demonio. Diríamos manifestaciones de los Espíritus malos, ya que para el Espiritismo no hay seres demoníacos. Son apenas hijos de Dios desviados, sometidos a leyes inexorables, que más

tarde o más temprano los reconducirán a los caminos del Bien.

¿Y por qué solo el Espíritu malo habría de tener poderes para superar las barreras que separan el plano físico del espiritual? Sería atribuirle poderes que escaparían a los Espíritus buenos. ¡Absurdo! ¡El Bien es infinitamente más poderoso!

Ante el susto de los compañeros, Jesús los tranquilizó:

- ¿Por qué estáis perturbados? ¿Por qué se levantan esas dudas en vuestros corazones? Ved mis manos y mis pies, soy yo mismo. Palpadme y ved, pues, un Espíritu no tiene carne, ni huesos, como veis que yo no tengo.

Para que no hubiese duda de que él allí estaba, visible, tangible, algo más que un simple fantasma, pidió:

- ¿Tenéis algo para comer?

Entonces, le sirvieron un pedazo de pez asado y un alveolo de miel, que Jesús tomó y comió, delante de ellos.

El Espiritismo nos presenta dos tipos de fenómenos mediúmnicos: efectos físicos y efectos inteligentes.

Si en un recinto público, y solo yo veo un Espíritu a mi lado, es un fenómeno subjetivo, de efecto inteligente, una experiencia eminentemente personal, que se extiende en la intimidad de mi consciencia. Si todos los presentes lo ven, estamos delante de un fenómeno de efectos físicos. Es como si el Espíritu se revistiese de materia, el ectoplasma, exteriorizado por los médiums dotados de esa facultad. Fue así que Jesús se presentó delante del colegio apostólico

Para los teólogos, era la resurrección del cuerpo.

Para el Espiritismo, la materialización del alma.

Cualquiera que sea nuestra interpretación, todos reconocemos la grandiosidad de aquel momento, su profundo significado en la propia suerte del Cristianismo.

¡El Evangelio era ratificado de forma más extraordinaria, jamás vista – Jesús venció a la muerte!

Desmitificaba la temible segadora, situándola por mero agente de transferencia para el otro lado de la vida; otra dimensión, que no es un compartimento estanque. Los que están allá pueden comunicarse con los que están aquí. Este intercambio es permanente.

A todo momento estamos en contacto con los Espíritus, sufrimos su influencia, captamos sus pensamientos, aunque poco tengan conciencia de eso.

Podemos imaginar la repercusión de aquel acontecimiento maravilloso. Ya no eran experiencias aisladas. Todo un grupo entró en contacto con el Maestro, recibió sus instrucciones y su bendición.

La noticia se esparció por la comunidad cristiana, plena de júbilos celestes.

Tomás, sin embargo, encarnado el Espíritu de la incredulidad, proclamó que solo creería si viese a Jesús y tocase sus heridas. Tenía toda la consideración por el Maestro, situándolo como glorioso misionario divino, pero en su cabeza no cabía aquel volver del Más allá.

Los compañeros, felices, le dijeron la experiencia maravillosa, sin convencerlo. Aquellas apariciones le parecían una mera fantasía, en la súper excitación de la fe.

Pasaron ocho días. Hubo una nueva reunión. Esta vez el apóstol estaba presente. Y nuevamente surgió Jesús entre ellos, deseándoles paz y buen ánimo. Se aproximó al discípulo de fe vacilante y lo invitó a tocar las heridas de sus manos. Tomás se reconoció emocionado, delante del Mesías. Como si hablase a los incrédulos de todos los tiempos, Jesús proclamó:

- Creíste porque viste, Tomás. Bienaventurados los que no vieron y creen. Tomás evoca el testimonio de los sentidos.
Ver para creer.

Ejercicio de incredulidad.

Jesús valoriza el testimonio del corazón. Sentir para creer.
Ejercer la fe.

El Espiritismo sugiere el testimonio de la razón. Discernir para creer.

Ejercicio de racionalidad.

Es la razón quien nos dice que, si solo María Magdalena viese a Jesús, podríamos dudar. Pero, si tantas mujeres y tantos discípulos lo vieron, en circunstancias variadas, no hay por qué negar el fenómeno. Altamente improbable tratarse de una supuesta alucinación colectiva o mistificación. De la misma forma, si médiums como Chico Xavier reciben la manifestación de millares de Espíritus desencarnados, que se identifican por el nombre, por los recuerdos, por las referencias, por el relato de las circunstancias de su muerte, no hay como contestar. Así como Jesús, ellos superan las barreras que separan el mundo físico del espiritual, para ofrecernos su glorioso mensaje de

inmortalidad.

Teorías materialistas que reducen esas manifestaciones a creaciones de la mente humana son siempre insatisfactorias, meras fantasías delante de la realidad revelada por la Doctrina Espírita. Saben de eso los que estudian esos fenómenos con exención y, particularmente, las personas que pasan por experiencias relacionadas con el asunto.

Con base en el estudio de la Doctrina Espírita, podemos decir:

- ¡Creo, porque se!

10

LA PESCA MILAGROSA

Juan, 21:1-14

Después de los maravillosos contactos con Jesús, en Jerusalén, los discípulos retornaron para Galilea. Aguardaban nuevas instrucciones sobre lo que les competía hacer, en la diseminación de los principios sagrados de que eran portadores.

Ya instalados en Cafarnaúm, Pedro se dispuso a salir en barco para pescar. Seis compañeros, Tomás, Nataniel, Juan, Santiago y otros dos, lo acompañaron.

Pasaron la noche en infructíferas tentativas con las redes. No consiguieron ni un pez. Al amanecer, retornaron. En la playa, un hombre les hacía señales. Pararon de remar y pudieron escucharlo, recomendando:

- Lanzad la red a la derecha del barco.

Los pescadores fijaron la vista. Aquel hombre les parecía familiar. ¡Pero, qué extraña recomendación tan enfática! Decidieron obedecer. Lanzaron la red como les fue recomendado. Momentos después, sorprendidos, vieron que casi no la podían subir, tan grande era la cantidad de peces presos en sus redes. En ese momento, Juan, conmovido, identificó al hombre de la playa:

- ¡Es el Señor!

Con la impetuosidad que lo caracterizaba, Pedro se ciñó con una túnica y se lanzó a las aguas del Tiberíades. Estaban cerca de doscientos codos, equivalente a una cuadra, cerca de noventa metros. Nadaba con vigor, aproximándose

rápida a la playa, seguido por los compañeros en el barco. Este avanzaba más lento, por la red sobrecargada. Minutos después, la alegría del reencuentro.

Vieron un pez, en un brasero. El Maestro preparaba la comida. Les pidió alguno más. Pedro arrastró la red. Contó ciento cincuenta y tres peces grandes. Constató, admirado, que, a pesar del peso, las redes estaban intactas. Varios fueron entregados al Maestro, que terminó de prepararlos. Después los convidó a comer.

Por tercera vez, Jesús se presentaba delante del colegio apostólico. También lo hizo, anteriormente, a María Magdalena, a un grupo de mujeres, a dos simpatizantes en el camino de Emaús...Según la exegesis bíblica, hubo once apariciones.

Observe, amigo lector, ellas trabajan contra la concepción teológica de la resurrección. ¿Por qué habría Jesús de visitar a los compañeros, si, resucitado, habría permanecido con ellos? Más lógico concebir que el Maestro se materializaba en ocasiones oportunas, buscando sedimentar en el grupo la convicción de que la muerte no los separaría.

Jesús no se refugió en regiones siderales, a distancia de las miserias humanas. Continuaría con sus seguidores, en todas las situaciones, amparándolos en las más difíciles pruebas...

El estoicismo de los cristianos, ante las dificultades y persecuciones, tuvo mucho de esa certeza. Por mayores que fuesen las luchas y los dolores; por más arduos los testimonios; por mayores los sufrimientos, valía la pena enfrentar todo por aquel Maestro generoso, que los amparaba en todos los caminos, y enseñaba con una eternidad de bendiciones a

aquellos que guardasen fidelidad a sus principios.

Si Jesús atravesaba, tranquilo, las fronteras que separan el mundo físico del espiritual, la Tierra del más allá; se afirmaba que todo lo que Él hacía, podemos hacerlo nosotros también, ¿porque no habrían de ejercitar ese mismo transito nuestros amados que parten, ofreciéndonos un glorioso mensaje de inmortalidad?

Uno de los grandes errores del dogmatismo religioso medieval, fue negar la posibilidad de ese intercambio, la amenaza con la hoguera a aquellos que lo intentasen. La Doctrina Espírita lo reinstituyó, mostrando que nuestros amados, no están en compartimentos estanques, a la distancia de los pensamientos humanos. Ellos nos ven, nos acompañan, nos ayudan, cambian de lugar por nosotros, se comunican con nosotros, principalmente durante las horas de sueño, cuando nos apartamos del cuerpo, encuentros maravillosos, que registramos pálidamente, en la forma de sueños. Aunque de eso no tengamos consciencia, el contacto con aquellos que partieron, sumergiéndose en el más allá facultado por el sueño físico, es un valioso aliento, ayudándonos a enfrentar los desafíos existenciales.

El ejemplo típico de las abundantes bendiciones por el conocimiento espírita, está en el velatorio de la familia espírita. El ambiente es de serenidad, sin manifestaciones de desespero, inconformidad o rebeldía, incluso cuando se trata de la muerte en circunstancias trágicas.

No es que no haya sufrimiento. Es siempre dolorosa la separación, pero se calma el dolor por la sumisión a lo inexorable, a la voluntad de Dios, delante de la visión de las realidades espirituales que el Espiritismo nos ofrece.

La Doctrina, como dice el dictado, “mata la cobra y muestra el palo”. Mata la cobra – la muerte.

Muestra el palo – el contacto con los “muertos”, que comprueba la supervivencia.

El encuentro de Jesús con los discípulos, a los márgenes del Tiberiades, ofrece un precioso simbolismo. Figuradamente, somos pescadores en el mar de la vida, al lanzar, diariamente, las redes de nuestros intereses e iniciativas, buscando alimento que sacie nuestra hambre de bienestar y paz.

Generalmente, mal orientados por el egoísmo, que es el móvil de las acciones humanas, lanzamos la red al lado equivocado, envolviendo ilusiones, vicios, ambiciones.... Tal vez cojamos piedras relucientes de vida mundana, cuyo brillo nos atrae en una alegre expectativa.

Hay personas que viven relativamente bien, así. Es una cuestión de sensibilidad. Para quien tiene un estomago de avestruz, una piedra ayuda en la digestión. Pero siempre llega el momento de cambiar. El inmediatismo, las ambiciones, los vicios, acaban por cansar.

Las piedras ya no tienen sentido. Es difícil digerirlas. El cuerpo reclama, llegamos a enfermar...

El Espíritu nos reclama, somos infelices...

Cuidados médicos especializados calman nuestros males, pero queda el vacío, la sensación de una permanente insatisfacción. Es preciso, según Jesús, lanzar la red al lado correcto.

Buscar alimento para el Espíritu, envolviendo el aprendizaje de los valores morales, el esfuerzo de la renovación, el empeño por definir las razones de la existencia humana, considerando que no estamos aquí en jornada de vacaciones.

Hay finalidades específicas, que debemos descubrir.

La Doctrina Espírita viene en una vanguardia de esclarecimiento en este sentido. Enseña que somos viajeros de la eternidad en tránsito por la Tierra, y que tanto más felices seremos cuanto mayor sea nuestro empeño por cumplir las leyes divinas, anunciadas en el Evangelio.

El Espiritismo es Jesús de vuelta, en la playa de nuestras aspiraciones existenciales, sugiriendo:

- ¡Lanzad la red en el lado correcto!

11

APACENTAR LAS OVEJAS

Juan, 21:15-17

Después de la comida que ofreció a los discípulos, Jesús conversó con Simón Pedro. En dado momento, le preguntó:

- ¿Simón, hijo de Jonás, tú me amas?

- Si, Señor, tu sabes que te amo.

- Apacienta a mis ovejas.

Después de una breve pausa, reiteró:

- ¿Simón, hijo de Jonás, tú me amas?

- Si, Señor, tu sabes que te amo.

- ¡Apacienta a mis ovejas!

Un nuevo silencio, una nueva expectativa, y la misma pregunta:

- ¿Simón, hijo de Jonás, tú me amas?

El apóstol se entristeció con aquella insistencia, que parecía transpirar un sentimiento de duda en cuanto a su fidelidad.

- ¡Señor, conoces todas las cosas y sabes que te amo!

- Apacienta a mis ovejas.

No solo Simón Pedro, sino otros discípulos presentes se habrán extrañado que el Maestro preguntara tres veces en cuanto a la autenticidad de su afecto. Obviamente, Jesús tenía plena consciencia del cariño que los compañeros le

demostraban. Pero sabía, también que en la gloriosa jornada de divulgación del Evangelio, habrían de enfrentar problemas y dificultades, luchas y persecuciones.

Para que tuviesen éxito, es fundamental el amor por la causa. Solamente así tendrían el ánimo necesario para perseverar. Al insistir con Simón Pedro, Jesús pasaba ese mensaje a la comunidad cristiana.

El amor por Jesús debería derramarse en el trabajo que les competía. Apacentar a las ovejas sería transmitir sus lecciones por el ejemplo de una amorosa dedicación al Bien. En lo que hacemos de mejor, en cualquier sector de actividad, hay siempre un componente básico: el amor. La mejor mujer de casa, el mejor jefe de familia, el mejor trabajador, el mejor empresario, el mejor atleta, será siempre aquel que se dedica a sus funciones, no por obligación, deber o interés, sino, simplemente, por amar lo que hace.

En los servicios de voluntariado, cursos y reuniones mediúmnicas, en el Centro Espírita, se distinguen claramente los que participan con el objeto de recibir beneficios de aquellos que lo hacen por amor.

Los primeros no son constantes. Poco asiduos, se apartan a la primera dificultad o divergencia, al primer problema particular. No se puede contar con ellos.

Los segundos se empeñan, tiene imaginación, desenvuelven las tareas, mejoran los servicios, se donan en buena voluntad, dedicación, cariño por el trabajo.

En la CEAC, en Bauru, hay múltiples departamentos, envolviendo evangelización, juventud, guardería, librería, club del libro espírita, albergue, centro de selección de migrantes,

casa de paso, núcleos de periferia, orientación a madres, asistencia hospitalaria, asistencia a prisiones...

Aunque sean servicio diversificados, tienen un punto en común: ¡cada uno de ellos fue montado y es sustentado por idealistas, que aman lo que hacen!

Hay una historia interesante al respecto de esto, referente a una excelente madre de familia.

Cocinera de primera, hacia manjares que hacia la boca agua. Sus pasteles eran una tentación, verdadero manjar de dioses. Su secreto: era una caja metálica. Había allí un ingrediente mágico que su madre le ofreció. Daba sabor especial a cualquier alimento que preparase. No dejaba a nadie coger la caja. Su contenido, decía, era extremadamente volátil, podría perderse y no había como reponerlo. Sometiéndose a una cirugía, estuvo algunos días hospitalizada. El marido estaba perdido, la esposa era la luz que iluminaba su existencia, eso sin hablar de los manjares de los dioses que preparaba.

A la noche, solo en casa, imaginó lo que comer. Abrió la nevera y cogió un pedazo de la mitad de un pastel. ¡La delicia de siempre! Mientras comía, abrió un armario y vio la misteriosa caja. Bajó en él el espíritu femenino – la curiosidad.

Si usted, amiga lectora, no le gustó ese “espíritu femenino”, recuerde que, según la fantasía bíblica, perdimos el paraíso por causa de la curiosidad de Eva.

Bien, esa sería otra historia.

Con infinito cuidado, abrió la caja. Para su sorpresa, estaba prácticamente vacía. Tenía apenas un pedazo de papel doblado. Lo abrió. Era un simple papelito de su suegra. Hija mía, en

todo lo que hagas, añade una pizca de amor.

Era ese su secreto.

¡Hacerlo con amor!

Ni debería ser un secreto.

Es algo que todos necesitan saber.

Si queremos hacer el bien, hagámoslo con amor. Era eso lo que Jesús esperaba de los discípulos. Ese amor al trabajo, amor a lo que hacemos, amor al ideal, es algo espontáneo, profundo en nosotros, pero nace, también, a partir de una elemental iniciativa:

Aprender a que nos guste lo que hacemos, aunque llamados a hacer algo que no nos guste.

En el Evangelio según el Espiritismo Allan Kardec evidencia que la Doctrina Espírita es Jesús de retorno, en la excelencia de sus enseñanzas. Es el Consolador prometido, el Espíritu de Verdad que nos trae las lecciones y esclarecimientos que no teníamos condiciones para recibir hace dos mil años. Y si el Espiritismo es bueno para nosotros, ofreciéndonos una amplia visión de los porqués de la Vida, ha de ser bueno, también, para aquellos que nos rodean. Es importante, por lo tanto, que nos dispongamos a su divulgación.

¿Y cómo hacerlo con eficiencia?

El camino es el mismo preconizado por Jesús. Es preciso que tengamos amor por el Espiritismo, que nos involucremos con sus principios, procurando vivenciarlos.

La base sobre la cual deben ser erigidas las edificaciones más

nobles de la Doctrina, hoy y siempre, es nuestro comportamiento. No hay otra manera de demostrar la excelencia de los principios espíritas sino incorporándolos a la propia existencia. Que seamos tan prudentes, honestos, respetuosos, diligentes, íntegros, que las personas miren para nosotros y digan:

- ¡El Espiritismo debe ser algo sublime, para forjar un carácter tan noble, y reúna tal pureza de sentimientos!

Obviamente, la vivencia de la doctrina implica, también, en el empeño de apacentar a las ovejas, como enseña Jesús. Apacentar, en el sentido evangélico, sería cuidar.

¿Quiénes son las ovejas?

La tradición religiosa pretende que sean los que aceptan a Jesús y pasan a ser parte de su rebaño. Diversas sectas cristianas consideran ovejas solamente a los hermanos de fe.

Ya oímos a oradores evangélicos la increíble afirmación de que son hijos de Dios los que fueron bautizados en sus creencias. Los demás son solamente criaturas.

Considerando que solamente el treinta por ciento de los habitantes de la Tierra son cristianos, llegamos a la espantosa idea de que el setenta por ciento están al margen de la paternidad divina y de sus gracias. Y como, según esas doctrinas, Jesús es el camino para el Cielo, dos tercios de la Humanidad jamás tendrán acceso, porque ni siquiera lo conocen.

Eso es discriminación, algo inconcebible en el cristiano.

ANTES QUE EL GALLO CANTE

La Doctrina Espírita nos ofrece una visión más racional y lógica. Todos somos hijos de Dios, sea cual sea nuestra raza, nacionalidad o creencia. Y Jesús no es el pastor de algunas ovejas. Es el pastor de todas las ovejas. Es el gobernador de nuestro planeta, que asumió ante Dios el compromiso de conducirnos por las sendas del progreso, rumbo a la perfección. Entonces, el católico, el evangélico, el espírita, tanto como el budista, el musulmán, el judío, el hinduista, el sintoísta, o el propio materialista, somos todos hijos de Dios, orientados por el Cristo. Incluso los que no lo conocen o no lo aceptan como guía, pertenecen a su rebaño, de la misma forma que alguien que desconoce o reniega del padre no deja de ser su hijo.

Sea cual sea nuestra nacionalidad, raza o creencia, permanecemos todos bajo la égida de Jesús, conducidos por sus manos compasivas. Aunque requiera la ayuda de los milenios, terminaremos en sus caminos.

Lo que el Maestro espera de nosotros, que ya lo conocemos, es que estemos dispuestos a colaborar en su Siembra.

Cuando llegue nuestra hora, cuando retornemos a la vida espiritual, la evaluación básica, como cristianos, será:

¿Cuántas ovejas apacentamos, cuanto amor dimos al semejante, en el esfuerzo del Bien?

12

EL RETORNO DE JESÚS

Prosiguiendo el dialogo con los discípulos, Jesús se dirigió a Pedro:

Juan, 21:18-23

- En verdad, en verdad te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas donde querías; más cuando ya fueres viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te pasará donde no querrías.

Se trata de un aforismo, relacionado con la juventud y la vejez.

El joven se cuida; el viejo es cuidado.

El joven tiene la iniciativa; el viejo, la dependencia.

En el contexto evangélico, Jesús quería decir que, el apóstol tendría una muerte no deseable, como de hecho ocurrió, martirizado en Roma.

Añade Jesús al apostolado:

- Sígueme.

Esa expresión ha sido empleada en todos los tiempos, como una fuerte llamada a los que se afinan con el Evangelio. Aquel que realmente siente la grandeza y el significado de las enseñanzas de Jesús, es convocado a acompañar al Maestro, a partir de la suprema orientación; hacer al semejante el bien que nos gustaría que nos fuese hecho.

Volviéndose Pedro, vio que Juan también los acompañaba. Preguntó:

- Señor, ¿y este?

Era como si preguntase si Juan también pasaría por sus testimonios. Recibió enigmática respuesta:

- ¿Si yo quiero que él esté hasta que yo venga, que te importa? Sígueme tu.

Aparentemente, Juan no tendría el mismo destino. Se imaginó que él no moriría mientras Jesús no volviese para el supuesto juicio final. Cuando el apóstol murió, en una edad avanzada, hubo una gran decepción en la comunidad cristiana. Jesús no vino.

No obstante, permaneció la convicción de su retorno en un futuro remoto. El tiempo pasó y Jesús no llegó, contrariando las fechas que pasaban.

En la vuelta del primer siglo...

Al completarse el primer milenio...

Al final del segundo, la expectativa era grande. Había hasta un vaticinio supuestamente contenido en los Evangelios:

De mil pasó, a dos mil no llegará.

Algunas sectas pretendieron definir fechas, frustrándose cuando ellas llegaban y nada ocurría. A pesar de ese fracaso, aun hoy se cultiva, intensamente, la idea de que el Maestro está por llegar.

En fachadas de casas, pegatinas en automóviles, en parachoques de camiones, frases enfatizan:

¡Jesús está llegando!

Y algunos, en el afán de decirse merecedores del Maestro, adoptan afirmaciones así:

¡Yo soy Jesús!

Y todo pasa a ser de Jesús. En algunos automóviles, la expresión: Propiedad de Jesús.

Un ladrón preso, después de robar un coche que estampaba esa frase, justificó:

- ¡Lo recibí de Jesús!

¿Jesús vendrá, realmente?

¿Hacer qué?

El mayor mensaje, ya nos fue enseñado: el amor.

Es la esencia del Universo, el sorbo creador de Dios, la fuerza suprema que preside el equilibrio de los astros.

Dicen algunos:

¡Habrá el juicio!

¡Condenación eterna para los malos!

¡Eternas donaciones para los buenos!

¿Y dónde queda la infinita misericordia de Dios, que presupone oportunidades infinitas de rehabilitación para los transgresores de las leyes divinas?

Peor – estaría comprometida la Justicia perfecta de Dios, ya que

no hay crímenes, por más tenebrosos, que justifiquen el castigo sin fin, partiendo de un elemental principio: la extensión de la pena no puede sobrepasar la naturaleza del crimen.

Sería lo mismo que condenar a alguien a prisión perpetua por el robo de un pan. ¡Una vida de delitos, muchas vidas de delitos... representa una mera gota de agua en el océano de la eternidad!

No hay por qué esperar al Cristo.

Nos compete ir hasta él en el Reino de Dios, que, conforme enseña el Maestro, está dentro de nosotros. Entonces, ese encuentro sagrado ocurrirá, en el interior de nuestro propio corazón, cuando nos dispongamos, con todas las fuerzas de nuestra alma, atender a aquel *sígueme*, con que el Maestro nos convoca desde siempre.

13

LOS QUINIENTOS DE GALILEA

I Corintios, 15:6-7

Hay un importante episodio relativo a las materializaciones de Jesús, al cual no hacen referencia los evangelistas. Pero sí recordado por el apóstol Pablo:

Después fue visto, una vez, por más de quinientos hermanos, de los cuales vive aún la mayor parte, mas algunos ya duermen.

Retirando la fantasía de que duermen los que murieron, es significativa la información de que “más de quinientos hermanos” tuvieron un encuentro con Jesús, en Galilea.

Curioso que un episodio de tal magnitud haya pasado de largo, proporcionando apenas la lacónica referencia de Pablo. ¿Cuál sería el motivo del Maestro? ¿Qué expuso a los discípulos? Aquí, amigo lector, sería oportuno llamar para la historiografía espírita.

Hay el Evangelio según el Espiritismo, en que Allan Kardec comenta la moral evangélica.

Día vendrá en que tendremos un Evangelio, según la Espiritualidad, un relato minucioso de acontecimientos importantes, a partir de informaciones escogidas de los archivos del más allá del túmulo, rellenando lagunas históricas.

Es lo que tenemos en el libro Buena Nueva, psicografiado por Francisco Cándido Xavier. En ese libro, el Espíritu Humberto de Campos demuestra que aquel encuentro en la Galilea fue extremadamente importante. Habría ocurrido en el mismo sitio apacible que fue el escenario del inolvidable Sermón de la

Montaña. Allí, juntamente con los apóstoles, estaban reunidos los discípulos que participarían del movimiento inicial del Cristianismo y que darían los grandes ejemplos de dedicación a la causa, a fin de que el Evangelio se asentase en la Tierra.

Humberto de Campos se reporta al discurso de Jesús a los compañeros presentes, ofreciéndonos un vasto material para reflexionar.

Algunos ejemplos:

¡Amados... he aquí que retomo la vida en mi Padre para regresar a la luz de mi Reino!... Envié a mis discípulos como ovejas en medio de lobos y os recomiendo que les sigáis los pasos en el escabroso camino. Después de ellos, es a vosotros que confío la tarea sublime de la redención por las verdades del Evangelio. Ellos serán los sembradores, vosotros seréis fermento divino. Instituíos los primeros trabajadores, los herederos de los bienes divinos.

Jesús sabía de las dificultades para fijar sus principios en el Mundo. La luz del Evangelio fatalmente incomodaría a multitudes atraídas al inmediatismo terrestre, dominadas por vicios y ambiciones. Había el riesgo de perderse sus lecciones. De ahí la convocación de aquellos Espíritus indómitos, habitantes de las Esferas Superiores, que compusieron la primitiva comunidad, preparados por el Maestro para sustentar el ideal cristiano y sedimentarlo en el suelo precario de los males humanos.

...Para entrar en la posesión del tesoro celestial, muchas veces experimentaréis el martirio de la cruz y la hiel de la ingratitud.... En conflicto permanente con el mundo, estaréis en la Tierra, fuera de sus leyes implacables y egoístas, hasta que las bases de

mi Reino de concordia y justicia se establezcan en el espíritu de las criaturas...

No sería fácil la tarea de apoyar las bases de la fraternidad humana en un mundo dominado por el egoísmo. Habría persecuciones y sufrimientos, como de hecho ha ocurrido.

Los discípulos deberían ser conscientes de eso, dispuestos a seguir los pasos de Jesús en las más duras pruebas, involucrando el sacrificio de la propia vida.

Siglos de lucha os esperan en la senda universal. Es necesario inmunizar el corazón contra todos los engaños de la vida transitoria, para la soberana grandeza de la vida inmortal.

Vuestras sendas estarán repletas de fantasmas de aniquilamiento y de visión de muerte. El mundo entero se levantará contra vosotros, en obediencia a las fuerzas tenebrosas del mal, que aun domina sus fronteras.

Los componentes de aquel grupo de elite, habrían de reencarnar innúmeras veces. Siempre unidos al Evangelio, enfrentarían persecuciones crueles, movidas por los Espíritus inquietos que dominaban los poderes del mundo. Estos no tendrían la complacencia, empeñados en apagar las celestes luces que se derramaban sobre la Tierra, unidas a las enseñanzas de Jesús. Pero, en el pasar de las batallas incruentas del corazón, cuando todos los horizontes estén tapados por las sombras de la crueldad, os daré de mi paz, que representa el agua viva. En la existencia o en la muerte del cuerpo, estaréis unidos a mi Reino.

El mundo os cubrirá de golpes terribles y destructores, pero, de cada uno de vuestras heridas, retiraré el trigo luminoso para los graneros infinitos de gracia, destinados al sustento de las más

pobres criaturas. Cuando caigáis, bajo las arremetidas de los hombres aun pobres e infelices, yo os levantaré en el silencio del camino, con mis manos dedicadas a vuestro bien.

Las promesas de Jesús han sido rigurosamente cumplidas. Los discípulos sinceros, dispuestos a la vivencia cristiana, son amparados y sustentados en los más duros testimonios. Dificultades, luchas, persecuciones, fueron superados, a lo largo de los siglos, para que el Evangelio se estableciese de manera definitiva en la Tierra, marco de luces para la edificación del Reino de Dios.

Seréis la unión donde haya separación, sacrificio donde exista falso gozo, claridad donde campeen las tinieblas, puerto amigo, edificado en la roca de la fe viva, donde planean las sombras de la desorientación. ¡Seréis mi refugio en las iglesias más extrañas de la Tierra, mis esperanzas entre las locuras humanas, mi verdad, donde se perturba la ciencia incompleta del mundo!...

Desde la llegada del Cristianismo, pontifican los verdaderos seguidores de Jesús, desinteresados de las disputas por los primeros lugares, empeñados simplemente en seguir al Maestro, atendiendo a sus llamamientos. Son ellos los héroes anónimos que sustentan la gloriosa antorcha del Evangelio.

Amados, he aquí que también os envío como ovejas a los caminos oscuros y ásperos.

¡Entretanto, nada temáis! ¡Sed fieles a mi corazón, como yo os soy fiel, y el buen ánimo representará vuestra estrella! ¡Id al mundo, donde tendremos que vencer al mal!

¡Perfeccionemos nuestra escuela milenaria, para que ahí sea interpretada y puesta en práctica la ley de amor de nuestro Padre, en obediencia feliz a su voluntad augusta!

Es la convocación final de Jesús, extensiva a todos los corazones sinceros, dispuestos a construir un mundo mejor, a partir de los esfuerzos en el campo del Bien y de la Verdad, edificando el Reino Divino en sus corazones, para que él se extienda sobre el mundo, bajo los auspicios del Evangelio.

Dice Humberto de Campos que en aquella noche fue confiado a los quinientos de Galilea el servicio glorioso de Evangelización de las colectividades terrestres. No es difícil identificarlos, a lo largo de los siglos, en las luchas cristianas. Son aquellos que pontifican en los valores de la rectitud moral, de la simplicidad, de la disposición de servir.

Somos en la Tierra dos mil millones de personas unidas a las varias corrientes del Cristianismo, envolviendo católicos, evangélicos, protestantes, espíritas...

Crece el número de cristianos, pero el Reino de Dios tardará en instalarse, porque es lenta, muy lenta, la multiplicación de corazones armonizados con los quinientos de Galilea. Y que los hombres ven en Jesús el protector que atiende, que socorre, que ayuda, que ampara...

Pocos ven al maestro que orienta, que corrige, que rectifica, que espera por nuestra unión a sus enseñanzas. Los templos están repletos de creyentes, pero pocos son los cristianos auténticos.

Vivimos tiempos de desinterés por los valores espirituales, en que la preocupación fundamental de las personas es con el inmediatismo terrestre, envolviendo negocios, placeres, sexo, vicios, dinero... Los que intentan seguir los pasos de Jesús

tienden a ser marcados de fanáticos e ingenuos. Incluso de entre los que se disponen a frecuentar los círculos religiosos, la preocupación mayor es con aspectos del culto exterior, sin el cuidado esencial: hacer al Cristo reflejarse en lo cotidiano.

El otro día, los medios de comunicación, dio un gran destaque a un hombre que, encontrando una importante cantidad perdida en un tren, se empeñó en devolver el dinero a su legítimo dueño.

¡Increíble! En un país como el nuestro, de población unida al Cristianismo, en variados círculos religiosos, tanto barullo por un mero ejercicio de honestidad, ¡elemental en la vivencia cristiana! Eso, porque la mayoría simplemente se quedaría con el dinero, proclamando que “lo encontrado no es robado”.

Decía Bertolt Brecht:

Infeliz el pueblo que precisa de héroes.

En este contexto, héroe sería el individuo empeñado en combatir una estructura social injusta, honrosa excepción en el seno de un pueblo acomodado.

Parafraseando al dramaturgo alemán, diríamos: infeliz la sociedad en que el cumplimiento de elementales deberes, como el de devolver bienes que alguien perdió, es elogiado como una virtud extraña.

Fundamental, si esperamos alcanzar las esferas más altas, que nos unamos a los quinientos de Galilea, dispuestos a “arremangar las mangas” para los esfuerzos del Bien, y a “agitar las neuronas”, en el empeño de renovación.

No nos pide el Espiritismo que muramos por el Cristo, sino que vivamos como espíritas cristianos, conscientes de nuestras

responsabilidades y deberes delante del prójimo.

Solamente así dejaremos el “marca-pasos”, evolutivo, que caracteriza al hombre común, habilitándonos a caminar al encuentro de Dios, meta suprema de nuestras almas.

14

EL ÚLTIMO ENCUENTRO

Lucas, 24:50-53

Juan, 21:24-25

Hechos, 1:9-11

Hechos, 7:59-60

Hechos, 9:1-18

Hemos puesto énfasis, en esta serie de libros sobre la vida de Jesús, que los fenómenos espíritas estuvieron siempre presentes. Los últimos contactos con los discípulos fueron emblemáticos.

Materializándose muchas veces, a lo largo de cuarenta días, Jesús transmitió las últimas instrucciones y preparó a los compañeros para la propagación de sus principios.

Vale reiterar que esa convivencia no se dio de forma continua, como pasaría con alguien de carne y hueso, en una mitológica resurrección. Había encuentros programados, en ocasiones oportunas, algo inherente a los fenómenos de materialización. Según el relato evangélico, el último ocurrió en Betania.

No hubo registro de las últimas disposiciones de Jesús. Ciertamente reiteró sus expectativas en cuanto a la divulgación de la doctrina naciente.

Relata Lucas que el Maestro se elevó a los cielos y desapareció en medio de las nubes.

En Hechos de los Apóstoles, que narra las actividades iniciales

de la comunidad cristiana, está registrado que, en aquella ocasión fueron vistos dos hombres, vestidos de blanco (ángeles en forma humana, según los fieles) proclamando que Jesús retornaría a la Tierra de la misma forma, viniendo de las nubes. Una de las muchas fantasías imaginadas por el pueblo y sustentadas por la ortodoxia religiosa.

Hay una tendencia en situar el plano espiritual en las alturas, inaccesibles a las meditaciones humanas.

En el propio medio espírita, dirigentes mal orientados, cuando conversan con los Espíritus perturbados presos a las impresiones de la vida material, ordenan:

- ¡Sube, hermano, sube!...

Idea equivocada.

El plano espiritual, la morada de los Espíritus, es tan solamente una proyección del plano físico. Comienza exactamente aquí, donde estamos. Es otra dimensión, que se fusiona con la nuestra. Por lo tanto, el Espíritu no sube para asumir su condición de desencarnado, ni Jesús precisaría buscar las nubes. Simplemente deshace la cobertura ectoplásmica, como un hombre invisible que se quita el traje que le daba la visibilidad.

Más allá de las materializaciones, acontecieron las visiones, un fenómeno diferente, del cual apenas la persona involucrada participa.

El primer mártir del Cristianismo, Esteban, que murió apedreado en Jerusalén, tuvo una experiencia de esa naturaleza.

Agonizante, vio a Jesús:

- Señor Jesús, recibe mi Espíritu. Y de rodillas, pidió:
- Señor, no les imputes este pecado.

Pedía perdón a sus verdugos, revelándose un alumno aplicado de sus lecciones.

Posteriormente, fue el propio Saulo, el perseguidor implacable de los cristianos, y el mayor responsable de la muerte de Esteban, quien tuvo la experiencia inolvidable con Jesús, en uno de los episodios más emocionantes del Nuevo Testamento. Se dirigía a Damasco, a fin de arrestar a Ananías, dedicado miembro de la comunidad cristiana. En las cercanías de la ciudad, aterrorizado, vio a Jesús, preguntándole:

- ¿Saulo, Saulo, porque me persigues? Y el doctor de la Ley, impresionado:
- ¿Quién eres, Señor?
- Yo soy Jesús, a quien persigues. Levántate y entra en la ciudad. Allá se te dirá lo que te conviene hacer.

Tan intensa era la luminosidad emanada de Jesús que Saulo se quedó ciego. Los hombres que iban con él para cumplir la orden de prisión nada habían visto. Creyeron que su jefe sufría alguna alucinación.

Siguiendo la orientación recibida, Saulo permaneció en un hostel durante tres días, sin alimentarse, aturdido con el inusitado episodio. Entonces, Jesús se le apareció a Ananías y le recomendó que buscara a Saulo y le colocase las manos sobre los ojos, para que volviese a ver. El discípulo se extrañó con

aquel cuidado con un perseguidor del Evangelio, al que el Maestro explicó:

-Él es para mí un vaso escogido, para llevar mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel. Y yo le mostraré cuanto debe padecer por mi nombre.

Cumpliendo la orientación, Ananías ayudó a Saulo a recuperar la visión. Escogido de Jesús, Saulo llevaba el sagrado compromiso en la divulgación de los nuevos principios. Como ocurre, no es raro, se desvió. Ante la importancia de la misión que le fue confiada, el Maestro se dio el trabajo de buscarlo personalmente, reajustando su camino.

Convertido, Saulo, que se tornó Pablo, fue el gran mensajero del Evangelio. Percibió, bien antes de los propios apóstoles, que el mensaje de Jesús tenía características de universalidad. Servía a todos los pueblos, no al pueblo judío solamente. A partir de ahí, consagró la propia existencia a su divulgación.

Hay que destacar la acción del Maestro en el plano espiritual. La tradición nos dice que fue a las regiones infernales para socorrer a Judas, después del suicidio, algo perfectamente compatible con su índole misericordiosa. Ningún discípulo necesitaba tanto de su ayuda como aquel que se equivocó en sus iniciativas.

Simón Pedro, en su primera epístola, dice, también, a un “descenso al infierno” donde habló a las almas atormentadas.

Cuenta André Luiz, en psicografía de Francisco Cândido Xavier, que Jesús es visto en la Espiritualidad, acompañado de prepuestos visitando regiones umbralinas, para ayudar a los

infelices que allí se encuentran.

Revelan los mentores espirituales que el Maestro recibía personalmente a los héroes del Cristianismo, aquellos que, dando el testimonio de su creencia, murieron para que el Evangelio viviese. El propio Chico Xavier, según algunos relatos, por intermedio de respetables médiums, habría sido recibido por Jesús, al desencarnar.

Espíritus superiores en misión en la Tierra tienen encuentros decisivos con el Maestro, en la espiritualidad. Tal ocurrió con Eurípides Barsanulfo.

Relata el Espíritu Hilario Silva, en el libro “La vida escribe”, en psicografía de Francisco Cândido Xavier, que el gran apóstol del Espiritismo en Minas fue llevado, durante las horas de sueño, a una región de la espiritualidad, donde pasó por la inolvidable experiencia de un contacto con Jesús. Observándolo triste, preguntó si era por causa de los incrédulos. El Maestro le respondió que era por causa de los que conocen el Evangelio, pero no lo practican. Concluye Hilario Silva:

Y desde aquel día, sin comunicar a nadie la divina revelación que le vibraba en la conciencia, se entregó a los necesitados y a los enfermos, sin reposar siquiera un día, sirviendo hasta la muerte.

Juan termina su relato con una consideración que ciertamente serían avaladas por los demás evangelista:

Este es el discípulo que da testimonio de esas cosas y las escribió; y sabemos que su testimonio es verdadero. Hay, pues,

aún muchas otras cosas que Jesús hizo y que, si fuesen escritas una por una, creo que ni el mundo entero podría contener los libros que serían escritos.

Es evidente la exageración de Juan, pero es razonable concebir que el relato fragmentario de los Evangelios está lejos de expresar todo lo que pasó durante aquellos tres maravillosos años. No obstante, los registros efectuados fueron suficientes para promover una revolución en la sociedad humana, a partir de dos principios básicos:

- Dios es Nuestro Padre. Justo y misericordioso, trabaja incesantemente por nuestra felicidad.
- Todo lo que el Omnipotente espera es que nos amemos unos a los otros, haciendo por el semejante el bien que deseamos de él recibir.

Ejemplos y lecciones de Jesús apuntan en esa dirección, preparándonos para las glorias del porvenir. El gran desafío es internalizar todo eso, superando la inercia, el acomodamiento, los vicios, la indiferencia...

Con el Espiritismo tenemos el gran impulso en este sentido, concientizándonos de que es preciso tomar la iniciativa de caminar, a fin de no ser obligados a hacerlo, atendiendo a la dinámica de la evolución, que acostumbra a emplear una maestra severa e infalible, el Dolor.

15

ÚLTIMAS PALABRAS

Bien, mi querido lector, llega al fin la tarea que me propuse: escribir un relato directo de la vida de Jesús, acompañando, en secuencia, los episodios más destacados, del nacimiento a los últimos contactos con los discípulos.

Hay incontables libros sobre el Gran Mensajero. Escasean obras que lo traigan para lo cotidiano, nuestro día a día, ya que fue para orientarnos, ayudándonos a superar nuestras fragilidades que vino hasta nosotros. Fue lo que intenté hacer.

Si usted se motiva en este sentido, inspirándose en la lectura de los seis libros que componen esta serie, estaré recompensado. De cualquier forma, agradezco a Dios la maravillosa oportunidad de realizar este trabajo, que han iluminado mis días.

Es gratificante e inefable el contacto con Jesús, la “roca de los siglos”, sobre la cual podemos asentar con seguridad nuestras más nobles aspiraciones.

Ejercitando sus lecciones, imitando sus ejemplos, la vida fluye sonriente y feliz, incluso cuando enfrentamos los disgustos y sufrimientos, propios de la Tierra, esta escuela divina, donde purgamos el pasado y construimos el futuro de bendiciones.

Con extraordinaria sensibilidad, Carmen Cinira, en psicografía de Chico Xavier, sintetiza e ilustra con perfección estos ejercicios de literatura evangélica, resaltando la importancia de buscar la orientación de la fe en la jornada humana:

- “¿De dónde vienes, viajante triste y cansado?”

- “Vengo de la tierra estéril de la ilusión.”
- “¿Qué traes?”
- “La miseria del pecado, de alma herida y muerto el corazón. ¡Ah! ¡Quien me diera la bendición de la esperanza, quien me diera el consuelo a la desventura!”

Pero la fe generosa, humilde y mansa, le dio el brazo y le habló con dulzura:

- “¡Ven al Maestro que ampara a los pobres, que esclarece y conforta a los sufridores!...
- ¡Pues, con el mundo, una flor tiene mil espinos, pero con Jesús, un espino tiene mil flores!”

Preguntas Frecuentes sobre Espiritismo Libro Qué es el Espiritismo

Si tienes cualquier duda, encuentras algún error en el libro o quieres comunicarnos cualquier otra cuestión puedes escribirnos a:

info@cursoespirita.com

